

¡Despierta, Eva!



RVB | VKW

Vach

Wach







*nglicher & unveränderter Absicht
der vollen Gleichstellung der Frau.*

Katharine C. Bushnell

Reconozca la verdad bíblica del propósito original e inmutable de Dios: la plena igualdad de la mujer.

Katharine C. Bushnell

Katharine C. Bushnell

¡Despierta, Eva! (*Wach auf, Eva!*)

Esta traducción está dedicada a mi esposa Sabine, a nuestras hijas y a nuestras nietas.

Un agradecimiento especial merece mi esposa por la corrección, mi hija y su esposo por el título y el diseño de la cubierta, y los tres por incontables conversaciones sin las cuales este proyecto nunca habría visto la luz.

Katharine C. Bushnell

¡Despierta, Eva!

Reconozca la verdad bíblica del propósito original e inmutable de Dios: la plena igualdad de la mujer

RVB

Información bibliográfica de la Deutsche Bibliothek

La Deutsche Bibliothek registra esta publicación en la Deutsche Nationalbibliografie; los datos bibliográficos detallados pueden consultarse en Internet en <http://dnb.ddb.de>.

ISBN 978-3-944472-25-6 (RVB)

ISBN 978-3-86269-206-4 (VKW)

© de la traducción alemana: Reformatorischer Verlag

Friedensallee 76, 22765 Hamburgo

Título original en inglés: «God's Word to Women»

Traducción al alemán, composición y maquetación: H. Christian Beese

Diseño de la cubierta: LUI & LEI Hamburg

Fotos de la cubierta:

Takayuki Ohara / EyeEm, Getty Images

blacked, Getty Images

Las citas bíblicas proceden, salvo indicación contraria, de la Elberfelder Bibel (traducción alemana de la Biblia)

Impresión: CPI

RVB

Hamburgo Bonn

Sobre la autora

Katharine C. Bushnell (1855-1946) fue una valiente y talentosa sierva de Dios, que había hecho del versículo «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» el lema de su vida. Fue médica, misionera, embajadora de la cruz, reformadora, autora y oradora, así como una erudita brillante y original que hablaba siete idiomas y dominaba el griego antiguo y el hebreo. Bushnell dejó la medicina para hacer lo que consideraba un trabajo aún más importante, a saber, cambiar las condiciones de vida degradantes de las personas, asumiendo un papel destacado en la *Women's Christian Temperance Union* (WCTU) del movimiento de mujeres del siglo XIX. La posición bíblica de las mujeres era de gran importancia para Bushnell, ya que llegó a la conclusión de que las traducciones erróneas eran responsables del sometimiento social y espiritual de las mujeres. En 1896 dejó la WCTU para dedicar los años que le quedaban a la tarea de escribir y difundir la verdad bíblica del propósito original e inmutable de Dios de la plena igualdad de las mujeres.

God's Word to Women, de Katharine Bushnell, es un estudio pionero que examina cuidadosamente cada pasaje de la Escritura sobre las mujeres. Jessie Penn-Lewis dijo que este material había abierto la Escritura de una manera que solo puede describirse como una revelación directa de Dios. Para muchos es hoy el libro que les ha dado la libertad de ser lo que Dios los ha llamado a ser, y de hacer la obra que el Espíritu Santo ha puesto en su corazón.

«Katherine Bushnell murió creyendo que su vida había dejado poca huella. Pero Dios sabía más.»

Durante su tiempo como médica misionera en China, Bushnell descubrió que la Biblia china estaba mal traducida, de modo que reforzaba los prejuicios culturales contra el ministerio de las mujeres. Se preguntó si los mismos prejuicios masculinos no estarían afectando también a las traducciones inglesas, y profundizó en su estudio del hebreo y del griego. Más tarde, mientras recorría el mundo entero para la WCTU, aprovechó las horas en trenes, en barcos y en los alojamientos donde se hospedaba para comparar minuciosamente las traducciones de la Biblia con el texto en las lenguas originales.

Por medio de la experiencia y del estudio, Dios preparó a Katherine Bushnell para escribir *God's Word to Women*. Comenzado en 1908 como curso por correspondencia, la propia Bushnell lo publicó primero en edición propia. A pesar de las primeras reacciones positivas, el libro pronto volvió a desaparecer, y Bushnell murió creyendo que su vida había dejado poca huella. ¡Pero Dios sabía más! El libro fue redescubierto y sigue siendo publicado por quienes reconocen su valor incalculable. Hoy por fin recibe el merecido reconocimiento como fuente literaria fundamental para quienes trabajan en primera línea por la igualdad bíblica de las mujeres.

Índice

Lección		Página
	Presentación del editor y traductor actual	11
	Prólogo a la edición de 1943	15
	Prólogo de la autora	19
1	Principios fundamentales	21
2	Crítica textual (legítima e ilegítima)	25
3	Hechos y fábulas	29
4	El comienzo del mal	33
5	La fábula de la «costilla»	37
6	La ley de Dios para el matrimonio (Génesis 2:24)	41
7	La ley de Dios para el matrimonio (conclusión)	45
8	La dignidad de la mujer en los tiempos primitivos	49
9	La elección de Eva y la elección de Adán (Génesis cap. 3)	53
10	Eva llega a creer	57
11	Eva y sus calumniadores	61
12	La enseñanza bíblica sobre la conducta de Adán y Eva	65
13	¿Maldijo Dios a la mujer?	69
14	La interpretación errónea (Génesis 3:16)	73
15	Satanás está al acecho	77
16	La advertencia de Dios a Eva	81
17	Traducciones antiguas de Teshuqah	85

Lección		Página
18	Historia de las traducciones de Teshuqah	89
19	Panorama con ayuda de un diagrama	93
20	Esposas no esclavizadas	95
21	Una división en la primera familia	99
22	Los primeros pecados y sus frutos	103
23	Grandes conclusiones a partir de premisas pequeñas	107
24	Grandes conclusiones a partir de premisas pequeñas (conclusión)	111
25	¿Deben callar las mujeres?	115
26	¿Deben callar las mujeres? (1 Corintios 14:34)	119
27	¿Deben callar las mujeres? (continuación)	123
28	¿Deben callar las mujeres? (conclusión)	127
29	La sutileza del velo	131
30	La sutileza del velo (continuación)	135
31	La sutileza del velo (conclusión)	139
32	Lo que Pablo enseña realmente sobre el velo	143
33	Lo que Pablo enseña realmente sobre el velo (conclusión)	147
34	Cómo la «autoridad» se convirtió en «velo»	151
35	Cómo la «autoridad» se convirtió en «velo» (conclusión)	155
36	La jefatura en el Antiguo Testamento	159
37	La jefatura en el Nuevo Testamento	163
38	¿Qué significa «sumisión»?	167
39	¿Deben obedecer las mujeres?	171
40	Las palabras de Pablo a Timoteo sobre las mujeres (1 Timoteo 2:8-15)	175
41	Las palabras de Pablo a Timoteo a la luz de la historia	179
42	Las palabras de Pablo a Timoteo a la luz de la historia (conclusión)	183
43	Las palabras de Pablo a Timoteo explicadas	187
44	Las palabras de Pablo a Timoteo explicadas (continuación)	191
45	Las palabras de Pablo a Timoteo explicadas (conclusión)	195
46	Disculpas innecesarias para la lógica paulina	199
47	Observaciones finales sobre la jefatura del esposo	203
48	«Dos clases de pesas»	207
49	Nuestra fe debe basarse en el texto original	211
50	Una lección de humildad	213
51	Una lección de humildad (conclusión)	217

Lección		Página
52	¿Qué es la mansedumbre?	221
53	Mansedumbre y humildad para las mujeres	225
54	El capítulo recién descubierto en la historia de las mujeres	229
55	Endogamia y exogamia	233
56	El origen de la exogamia	237
57	La verdadera causa de la exogamia	241
58	Más pruebas de la dignidad de la mujer en la prehistoria	245
59	Más pruebas ... (conclusión)	249
60	Más sobre la mujer en las edades prehistóricas	253
61	El parentesco se cuenta por línea materna	257
62	La transición a la línea de parentesco masculina	261
63	«¿Y quién reflexionará sobre Sus generaciones?»	265
64	El acontecimiento mejor atestiguado de la historia humana	269
65	El nacimiento virginal	273
66	La fundación de una familia cristiana	277
67	La fundación de una familia cristiana (continuación)	281
68	La fundación de una familia cristiana (continuación)	285
69	La fundación de una familia cristiana (conclusión)	289
70	Isaac y Rebeca	293
71	La legislación mosaica no era ideal	297
72	Los estatutos mosaicos y las mujeres	301
73	Los estatutos mosaicos y las mujeres (conclusión)	305
74	El Antiguo Testamento y la poligamia	309
75	El Antiguo Testamento y la poligamia (conclusión)	313
76	Las mujeres en la Antigüedad y en épocas posteriores	317
77	Los prejuicios sexuales influyen en los traductores	321
78	Los prejuicios sexuales influyen en los traductores (continuación)	325
79	Los prejuicios sexuales influyen en los traductores (conclusión)	329
80	«Bendita sea Jael»	331
81	«Porque ninguna palabra que viene de Dios quedará sin poder»	335
82	«Porque ninguna palabra que viene de Dios quedará sin poder» (conclusión)	339
83	La Pericope de Adultura (Juan 8:1-11)	343
84	La autenticidad de la Pericope	347
85	«Bordes deshilachados»	351

Lección		Página
86	«No puede» o «no hace» (Mateo 19:11)	355
87	Consejo para una situación de emergencia (1 Corintios cap. 7)	359
88	Mujeres profetas en el AT	363
89	Las mujeres pueden predicar	367
90	Las mujeres deben predicar y enseñar	371
91	También las mujeres fueron testigos	375
92	También las mujeres fueron testigos (conclusión)	379
93	Las mujeres son preparadas como testigos	383
94	Las mujeres son ungidas como testigos	387
95	El gran destino de la mujer	391
96	Otra unción para las mujeres	395
97	La naturaleza de la predicción bíblica	399
98	La «gran señal»	403
99	¿Quién es «la mujer»?	407
100	¿Una primogenitura o un guiso de lentejas?	411
	APÉNDICES:	
	Índice de pasajes bíblicos	415
	Índice de términos y nombres	430
	Diagrama de Teshuqah	461
	Párrafos omitidos en la traducción en las lecciones 49 y 79	463
	Biografía tabular de Katharine Bushnell	467

Presentación del editor y traductor de la edición alemana

¿Otro «libro sobre la mujer» desde una perspectiva fiel a la Biblia? ¿No hay ya suficientes? Puede ser, pero (casi) todos defienden una misma visión: la del llamado «complementarismo». Este término transmite la idea de una complementación mutua, de un encuentro de igual a igual entre el hombre y la mujer. Sin embargo, si se reflexiona con más detenimiento, resulta ser un eufemismo. Según Wikipedia, «un eufemismo (o también palabra suavizada, embellecimiento, palabra encubridora, palabra velada o adorno) es una expresión lingüística que designa a una persona, un grupo de personas, un objeto o un hecho de manera embellecedora, atenuante o con intención de encubrir». Eso es exactamente lo que hace la expresión «complementarismo»: describe de manera embellecedora, atenuante y con intención de encubrir el hecho de la subordinación unilateral de la mujer al hombre. El término en sí es relativamente nuevo, pero la cosa, o más bien la doctrina que se esconde detrás, es antiquísima; sin embargo, no es, como algunos quieren hacernos creer, tan antigua como la creación, ni siquiera tan antigua como la caída.

En los Estados Unidos se lleva a cabo desde hace tiempo, entre cristianos fieles a la Biblia, un vivo debate entre «complementaristas» por un lado e «igualitaristas» por otro. En Alemania este debate está todavía en pañales. Actualmente, la visión «complementarista» domina sin oposición el espacio aéreo en amplios círculos del mundo evangélico. Este libro es un fuerte alegato a favor de la visión «igualitaria».

La doctrina de la subordinación, del sometimiento o de la sumisión de la esposa a su esposo, y aun de la mujer en general al hombre, se ha establecido en muchos círculos evangélicos fieles a la Biblia como elemento *sine-qua-non* de la ortodoxia. Se apoya en algunos versículos de las cartas de Pablo y de la primera carta de Pedro, pero se remonta aún más atrás, hasta el relato de la creación, los primeros capítulos del Génesis, y llega incluso a anclar su doctrina en la estructura interna de la santa Trinidad. Al hacerlo, parte, implícita o explícitamente, de una mayor «culpa original» de Eva, que pesa continuamente sobre el sexo femenino hasta hoy, lo perjudica e impide la igualdad en la vida de la iglesia redimida en la tierra. Dado que con un concepto así se pone en tela de juicio el alcance y la eficacia del sacrificio expiatorio sustitutivo de Cristo en la cruz del Gólgota, en este debate está en juego nada menos que los fundamentos de la fe cristiana. En este sentido, incluso podemos estar agradecidos a los defensores decididos del complementarismo de que, para todos los que tienen oídos para oír, expresen abiertamente el carácter no evangélico de esta doctrina, al presentar de facto al hombre como un mediador entre la mujer y Cristo, contradiciendo así la enseñanza de Pablo de que hay *un* Dios y *un* mediador entre Dios y los hombres, a saber, Jesucristo hombre (1 Timoteo 2:5).

Tampoco el movimiento reformado en Alemania, relativamente joven y todavía frágil, se libra de este pensamiento. A través de diversos canales, no en último lugar desde el evangelicalismo y el neocalvinismo estadounidenses, esta doctrina se ha incrustado profundamente en el fundamento soteriológico, antropológico y eclesiológico de este movimiento, de modo que muchos que la han absorbido con su leche materna espiritual ya no pueden imaginar una fe fuera de semejante pensamiento sobre la posición de la mujer.

Un fenómeno llamativo es que también las mujeres en las iglesias defienden esta visión con vehemencia. Esto resulta menos enigmático y, además, psicológicamente comprensible si se tiene en cuenta que aquí se ponen en juego una serie de otros eufemismos, como «verdadera feminidad», «mujer conforme al corazón de Dios», etc., etc.

Otro fenómeno es que incluso quienes miran el «complementarismo» con desconfianza o de forma crítica, en su mayoría se contienen y rehúyen el debate sobre él; un debate que, por parte de los «complementaristas», a menudo se libra con armas desleales. Así, todo aquel que sostiene otra visión es catalogado de forma refleja como liberal, modernista y feminista, que desprecia las «claras palabras de Dios» y se rebela contra los «órdenes de Dios». Puesto que faltan argumentos comprensibles y lógicamente rastreables a favor de una sumisión unilateral de las mujeres cristianas, incluso quienes niegan sistemáticamente la predestinación y la elección soberanas de Dios apelan con gusto, en la «cuestión de la mujer», a la libertad soberana de Dios con la que él habría establecido sus «órdenes jerárquicos».

Todo ello está envuelto en una fuerte brisa de aquel legalismo que Pablo denunció y combatió incansablemente en sus cartas. En Internet se encuentran series enteras de sermones sobre este tema. En uno de esos sermones, el pastor admite que «no sabemos» qué quiso decir Pablo con el «velo»; pero, para ser «obedientes y estar del lado seguro», todas las mujeres deberían cubrirse por precaución en el culto, y «las esposas de los pastores ya van dando buen ejemplo».

La «supremacía aérea» espiritual del «complementarismo» está flanqueada por nombres de alto nivel y por comentarios, biblias de estudio y dogmáticas de gran prestigio, muy leídos y por lo demás buenos, en los que, sin embargo, al mirar más de cerca, llama la atención una cosa: mientras que en casi todos los temas y aspectos de la doctrina espiritual se le da vuelta y más vuelta a cada piedrecita lingüística y exegética, por pequeña que sea, en la «cuestión de la mujer» reina, dicho amablemente, cierta negligencia; también podría decirse que casi algo así como una astucia exegética manipuladora. Cuando, por ejemplo, Wayne Grudem, en su dogmática bíblica (*Biblische Dogmatik*), escribe sobre el punto nada insignificante de que «ayudante» (al. *Gehilfin*, «asistente femenina») en Génesis 2:18 significa en realidad «ayudador» (hebr. *‘ezer*), una palabra que, como él explica correctamente, se usa con frecuencia para Dios mismo, que «siempre que alguien ayuda a otro, ... la persona que ayuda ocupa una posición subordinada e inferior respecto de la persona a la que se ayuda», esto no solo es indigno de un entendimiento muy capaz en otros contextos, sino que es una degradación de Dios, que es nuestro gran Ayudador. O cuando otro intérprete deduce del hecho de que Adán le da nombre a Eva dos veces («varona», al. *Männin*, y «Eva, madre de todos los vivientes») una pretensión general de superioridad y dominio del hombre sobre la mujer, eso resulta absurdo, dado que en el AT las personas a menudo, tras grandes experiencias de salvación, dieron espontáneamente nombres a Dios. Estos son dos ejemplos de obras actuales. Se podrían citar más casos, pero lo dejo aquí.

A menudo oigo el argumento de que los primeros cristianos, los Padres de la Iglesia y los reformadores sostuvieron todos la visión del «complementarismo», y que todo aquel que se atreve a tener otra visión de la «cuestión de la mujer» entra en conflicto con 2000 años de historia de la Iglesia. Es cierto que muchos Padres de la Iglesia tenían una visión muy cuestionable de las mujeres y que tampoco los reformadores del siglo XVI aportaron, en general, nueva luz a esta cuestión. Pero si aceptáramos el factor del largo plazo como argumento a favor de la validez de una doctrina, nunca debería haber habido una Reforma, pues también la gran Reforma fue, no en último lugar, un cuestionamiento de herejías firmemente establecidas que se habían mantenido durante muchos siglos. Cabe esperar que también para la «cuestión de la mujer» llegue el tiempo en que, para bien de ambos sexos en la iglesia, se rompan las estructuras de pensamiento anquilosadas y pueda entrar un nuevo espíritu de aquella libertad cristiana (también libre de prejuicios por razón del sexo) a la que hemos sido llamados.

La importancia que se concede a esta doctrina en los países occidentales es, no en último lugar, un fenómeno de la civilización o también de la prosperidad. De países como, por ejemplo, Irán o también China hay informes de que las mujeres desempeñan un papel extraordinariamente grande en la difusión del evangelio y en la edificación de iglesias jóvenes en las condiciones más difíciles.

Katharine Bushnell nos lleva, en este libro publicado originalmente a principios del siglo XX como curso por correspondencia, a un viaje a través de la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. En él trata innumerables pasajes de la Escritura relevantes para la «cuestión de la mujer». Su sólido conocimiento de las lenguas bíblicas y sus largos años de estudio arrojan nueva luz sobre más de un pasaje de la Escritura de apariencia críptica. Además, aborda muchos argumentos tanto de la llamada investigación histórico-crítica como del darwinismo. Cita a numerosos científicos y antropólogos culturales de su tiempo. Como médica misionera que viajó mucho y embajadora del evangelio, aporta una y otra vez experiencias personales y conocimientos prácticos.

Este libro está concebido deliberadamente para invitar al estudio personal y a la profundización. (Casi) cada una de las 100 lecciones termina con un espacio para notas propias, y al final del libro se adjuntan un extenso índice de pasajes bíblicos y un índice de términos y nombres con explicaciones de palabras.

Katharine Bushnell inserta repetidamente llamamientos enfáticos y bien fundamentados a las hermanas para que se dediquen al estudio de las lenguas bíblicas, a fin de leer lo que la Palabra de Dios realmente tiene que decirles, en lugar de lo que los hombres dicen que les dice. Estoy convencido de que, antes de que experimentemos el avivamiento espiritual que anhelamos y por el que oramos, nuestras iglesias deben experimentar una reorientación en esta cuestión enormemente importante, de modo que las mujeres sean liberadas de su mudez y de su existencia en la sombra y puedan seguir su llamamiento dado por Dios como colaboradoras en pie de igualdad en el evangelio.

H. Christian Beese, Hamburgo, octubre de 2020

Lección 6 – LA LEY DE DIOS PARA EL MATRIMONIO

«Por tanto, dejará el hombre [esposo] a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer».

45 La obediencia a esta ley fundamental del matrimonio de Génesis 2:24 habría protegido a las mujeres de llegar a ser jamás una mera posesión, y así habría mantenido a toda la humanidad en un nivel moral más alto. Piensen tan solo en lo que también hoy podría lograrse para la dignidad moral de los pueblos paganos si los misioneros exigieran a sus convertidos que observaran la ley bíblica del matrimonio. Los factores que contribuirían a aliviar la opresión de las mujeres orientales serían los siguientes: (1) El esposo, como *sostén económico*, tendría un valor financiero en el hogar de su esposa; mientras que ahora la mujer, como productora de cada vez más hijos que hay que alimentar, está expuesta al maltrato, sobre todo cuando da a luz a una hija. (2) El hombre, no impedido por hijos aún no nacidos, lactantes o un pequeño grupo de niños indefensos, no podría ser convertido en esclavo en un hogar ajeno, porque se marcharía y dejaría el sustento de su esposa e hijos necesitados a quienes lo maltrataran. Pero las limitaciones de la maternidad y la fuerza del amor materno convierten a las madres en víctimas de quienes quieren esclavizarlas. (3) El hombre no está hecho de tal manera que se le pueda robar por la fuerza su virtud, o que su persona se convierta en una mercancía rentable para un hogar ajeno; pero estos males son con tanta frecuencia la suerte de las viudas que quedan en el hogar ajeno de sus maridos fallecidos, que en algunos países orientales, especialmente en la India, la sola palabra «viuda» tiene mala fama. (4) Durante el embarazo y el parto, una madre suele ser cuidada con cariño cuando está con su propia madre, ya sea bajo el techo de su padre o cerca de él. Pero en un hogar ajeno, en esos momentos, a menudo es vergonzosamente desatendida; y eso, a largo plazo, debilita a toda la humanidad. (5) La práctica de mantener a la hija en casa después del matrimonio y de enviar al hijo fuera de casa después del matrimonio supondría un enorme freno a los matrimonios infantiles, ya que los padres no se separarían muy pronto de miembros de la familia que contribuyen a su prosperidad.

46 Todas las mujeres deberían saber que la Palabra de Dios, en este aspecto, hizo del mundo al principio un buen lugar para ellas, y que con esta ley del matrimonio puso un gran cerrojo a su degradación en la etapa temprana de la historia humana; de hecho, es la primera ley de ética social para la conducta de la vida humana. Además, la investigación confirma cada vez más que esta ley, en las épocas más tempranas de la historia humana, salvo pocas excepciones, no era letra muerta, como lo es hoy. Era costumbre que el hombre viviera bajo el techo de los padres de su esposa o que la visitara allí con frecuencia; ella nunca abandonaba la protección de sus padres. Los *padres* eran los «protectores naturales» de sus hijas casadas, y no el esposo, que no pocas veces se mostraba indigno de la confianza depositada en él. La costumbre primitiva era considerarlo como un extraño, con cierta

medida de sana desconfianza, hasta que hubiera demostrado realmente su capacidad de cuidar de una mujer de manera adecuada.

«Los padres eran los “protectores naturales” de sus hijas casadas, y no el esposo, que no pocas veces se mostraba indigno de la confianza depositada en él».

47 La mayor ventaja de que una mujer permaneciera después del matrimonio con sus propios parientes o cerca de ellos (y de que, por tanto, su familia fuera su «protector natural») consistiría sobre todo en que fortalecería la moral social. Hace algunos años, un médico de una de nuestras ciudades más grandes recibió el apoyo de la policía para investigar muy a fondo el «mal social» de la ciudad, y publicó las declaraciones evaluadas de cientos de mujeres y muchachas que vivían en esas situaciones de mala fama. No tengo su libro a mano para citarlo, pero su conclusión fue, si no recuerdo mal, que el *matrimonio con hombres malvados* era una causa frecuente de la prostitución. Las muchachas jóvenes se casaban con los hombres que se acostaban con ellas, sin pensarlo mucho ni conocer su carácter; y después, el matrimonio las colocaba en una situación tan desventajosa frente a sus maridos que podían ser empujadas a la calle por la fuerza o por pura angustia para ganar dinero con la inmoralidad [de los hombres]. Tal vez el esposo no se casó con ella originalmente con el propósito de obligar a su esposa a ganarse la vida de esa manera; pero como él mismo no tenía un verdadero sentido de la decencia, en tiempos difíciles no veía ninguna razón por la que su esposa no debiera ayudar a ganar el sustento de manera inmoral. Precisamente para hacer frente a tales emergencias, los parientes de una mujer deberían tener derecho a intervenir cuando amenaza un peligro así. La ley del matrimonio debería permitirles permanecer en estrecho contacto con su hija o hermana. Pero tal como está ahora la situación, un hombre así puede, si quiere, llevarse a su esposa hasta el fin del mundo, y nadie puede impedirlo.

48 Para saber qué consecuencias puede tener esto, basta con visitar una gran ciudad oriental. Por citar solo un ejemplo, no olvidaré fácilmente cómo una vez, al caer la noche, visitamos una calle de mala fama en una de esas grandes ciudades orientales. Entre las muchas muchachas desdichadas que vimos, supimos que un gran número de ellas eran mujeres jóvenes que creían haberse casado con distinguidos comerciantes mayoristas de casas comerciales orientales. Cazadores de esclavas habían encontrado a estas muchachas en los pueblos de Europa, Inglaterra y América, se habían acostado con ellas, habían celebrado con ellas una ceremonia de boda regular y luego las habían llevado al mercado de esclavos oriental. Regularmente, cada noche, sus «maridos» recorrían las casas que poseían y comprobaban que todo estuviera en orden para la noche. Luego iban a su club cercano (que visitamos en su ausencia), celebraban con la comida y la bebida que sus esclavas habían ganado, y regresaban a las dos o tres de la madrugada, después de una abundante borrachera, y les quitaban a sus esposas esclavizadas cada centavo que habían ganado entretanto. A menudo las azotaban si la suma de dinero resultaba menor que de costumbre. La trata de blancas nunca recibirá su golpe mortal hasta que tengamos leyes matrimoniales que garanticen una protección adecuada de las mujeres frente a maridos malvados; y tal protección no será suficiente hasta que los parientes de una mujer, si son gente decente, sean reconocidos por la ley como sus «protectores naturales», que no permitan a un hombre llevar a su esposa a un país extranjero —aunque la esposa, excesivamente confiada, esté dispuesta a ir— si el traslado va en contra de la decisión de su familia, es decir, a menos que él pueda presentar ante un tribunal un motivo adecuado para ello.

«¡Cuánto nos enseña la ley de Dios para el matrimonio sobre su cuidado y protección paternos de sus hijas!»

49 Precisamente este abuso de la relación matrimonial puede observarse entre los japoneses (y en una medida dolorosa) en la costa del Pacífico de los Estados Unidos. Existe en Japón una agencia matrimonial secreta que está constantemente buscando muchachas japonesas que vayan a América para casarse. También hombres de esta agencia regresan una y otra vez a Japón para casarse con muchachas y llevarlas a América. A menudo estos hombres japoneses pertenecen a buenas familias, pero ellos mismos se han corrompido por su estancia en países extranjeros. Sabiendo que proceden de buenas familias, los padres de las muchachas confían en que tratarán bien a sus hijas después de casarse con ellas. Así quedan atrapadas estas muchachas; y cada noche, en América, son empujadas a la calle y a casas de mala nota japonesas para ganar dinero para esos «maridos» con los que fueron casadas honradamente. Esto no es imaginación. Lo sé por el testimonio de caballeros japoneses cristianos, de misioneros cristianos, de cónsules japoneses y de personas semejantes.

¡Cuánto nos enseña la ley de Dios para el matrimonio sobre su cuidado y protección paternales de sus hijas! Desde el mismo principio, su primer mandamiento expreso muestra que los derechos y la dignidad de ellas le importan de corazón.

Lección 7 – LA LEY DE DIOS PARA EL MATRIMONIO (conclusión)

50 Dios quiso que el matrimonio humano fuera una imagen tipológica de la unión de Cristo con la iglesia, o la «nueva Jerusalén», su esposa. Cristo se despojó de toda la gloria que tenía junto a su Padre y vino a esta tierra para unirse a nosotros. Pero el matrimonio no solo debía simbolizar la primera venida de Cristo, sino también incluir el concepto de su segunda venida; solo para ambos casos juntos el tipo representa por completo al antitipo. Todo matrimonio cristiano debería honrar estos dos acontecimientos. El hecho de que el esposo se apartara de los lazos de parentesco debía ser una compensación por la renuncia de la esposa al amor a sí misma, al asumir los riesgos del parto y de la crianza de los hijos. Eso es lo que enseña Pablo en Efesios 5:31-32, donde cita la obligación de que el hombre renuncie a sus parientes por su esposa, y añade: *«mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia»*. Adán y Eva fueron creados al mismo tiempo, y al principio estaban juntos, y luego fueron separados durante un «sueño profundo» que vino sobre Adán. Así Cristo estuvo con nosotros y luego fue separado de nosotros por el «sueño profundo» de la muerte, mientras que nosotros, por la fe en su sangre derramada, salimos, por así decirlo, de su costado resucitado. Adán fue separado para poder ser reunido con Eva con mayor gozo que nunca, con un gozo tal que, para celebrar el acontecimiento, brotó espontáneamente de sus labios una poesía que el Dr. R. F. Horton puso en verso:

*«She, she is bone of my bone,
And flesh of my flesh is she;
“Woman” her name, which has grown
Out of man,—out of me.»*

51 Y un día Cristo volverá, «para nuestro gozo»; porque, como él dijo (Juan 16:7), nos «convenía» que él se fuera y que volviera. Y un día comprenderemos lo que ahora no reconocemos: que Cristo es nuestro «otro yo», como Adán lo reconoció respecto de Eva; *«porque somos miembros de su cuerpo»* y, *«unidos al Señor»*, somos también *«un espíritu»*. María Magdalena parece haber sido la primera en descubrir esto como experiencia, pues dijo al que creía que era el hortelano: *«Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré»*, una reivindicación inconsciente de su cuerpo como

su legítima propiedad, en un amor de castidad sin sexo. ¡No es de extrañar que solo a un amor así pudiera él revelarse! (Juan 20:11-18).

52 En los tiempos en que Cristo estaba en la tierra, era costumbre que el novio y sus amigos varones, en una procesión nupcial, recogieran a la novia en la casa de su padre y la llevaran a la casa del padre de él. Pero la parábola de Cristo de las diez vírgenes (Mateo 25:1-13) no transmite la imagen de semejante violación de la ley divina. Las vírgenes esperan *en la casa paterna de la novia*, y cuando suena el clamor de que viene el novio, salen a su encuentro y lo traen a él y a su séquito a una fiesta en el hogar de la novia. «Normalmente, la novia era recogida por el novio y sus amigos; pero aquí es tarea de las vírgenes ir a buscar al novio, y la boda parece celebrarse en la casa de la novia, como en Jueces 14:10» (De Wette, citado por Lange). Así será también cuando Cristo vuelva. Quienes esperan su venida y se preparan para ella saldrán, al clamor de su venida, para ser *«arrebataados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire»* y luego volver a la tierra, el hogar de la novia, para el banquete de bodas, donde vivirán y reinarán con él mil años (véase 1 Tesalonicenses 4:17; Apocalipsis 20:6).

Sobre las ventajas que la ley de Dios para el matrimonio tendría para las mujeres no he hecho solo conjeturas. La ley de Dios para el matrimonio *se cumplía* en las épocas más tempranas de la humanidad. Este hecho lo están sacando a la luz recientemente los arqueólogos; y yo daré (en la medida en que haya espacio para ello) un breve esbozo de sus descubrimientos.

53 El primero que escribió sobre este tema en la Edad Moderna fue Bachofen, un jurista suizo, en el año 1861. Mr. J. F. McLennan se convirtió en defensor de sus hallazgos en inglés y publicó además sus propias investigaciones sobre el tema. Muchos otros, como Tylor, Westermarck, Fraser, Lord Avebury (Sir John Lubbock) y Robertson Smith, siguieron. De hecho, ninguna historia moderna de un pueblo antiguo se considera completa a menos que comience con la época en que había tanto matriarcados como patriarcados. En el capítulo 36 del Génesis descubrimos que algunos de los «jefes de Edom» eran mujeres.

54 Tres rasgos principales caracterizan esta civilización temprana: (1) Los padres de una esposa, junto con sus propios parientes, siguen siendo durante toda su vida sus «protectores naturales»; (2) los bienes del hogar los mantienen unidos las mujeres; (3) la línea de parentesco se cuenta a través de las mujeres y no de los hombres, porque cuando los hombres se casan quedan separados de sus parientes; los hijos son conocidos por el apellido de la madre. Esta forma de civilización se designa a menudo con el nombre de «línea de descendencia femenina», porque el tercer punto mencionado es la causa de todo lo demás. McLennan, por ejemplo, hablando de la decadencia social de las mujeres griegas, dice: «Vemos que *ninguna causa* podría haber producido esto mientras las líneas de parentesco a través de las mujeres conservaron su antigua importancia. Por otra parte, podemos reconocer una causa suficiente de la decadencia en la supremacía gradualmente creciente de la línea de descendencia masculina y en los cambios en el sistema matrimonial que esa supremacía trajo consigo».

55 Surge la pregunta de qué provocó este cambio de la línea de descendencia femenina a la masculina. Los evolucionistas modernos, que no quieren admitir una revelación divina, dicen que primero se extendió una promiscuidad general; y como ningún hombre conocía a sus propios hijos, en consecuencia solo se reconoció la línea de descendencia femenina. Pero los evolucionistas más destacados, Darwin y Spencer, dicen que tal promiscuidad nunca fue predominante; y eso habla con mucha fuerza en contra de la teoría, pues ellos eran los evolucionistas más importantes. Y además, la

Biblia nos revela la verdad, y no necesitamos reflexionar mucho tiempo sobre la teoría de los evolucionistas. La ley de Dios para el matrimonio estableció al principio la línea de descendencia femenina; ¿y por qué habría de describirse jamás en la Biblia un personaje tan abominable como Lamec, sino para documentar la violación de esta ley del matrimonio y el comienzo de la poligamia? Un poco más adelante, en los versículos iniciales del capítulo 6 del Génesis, leemos acerca de la toma de posesión «al por mayor» de mujeres; y, según dice el relato, *«estaba la tierra llena de violencia»*. El hijo de Lamec «forjaba cobre y hierro», como leemos en el capítulo cuarto; y el primer uso de armas de guerra de hierro fue para capturar mujeres. Cuando estas mujeres cautivas eran arrancadas de su parentela, ellas y sus hijos eran equiparados a la parentela de su marido; y así surgió una línea de descendencia masculina. Tampoco el diluvio erradicó la costumbre de capturar mujeres, pues en el libro de los Jueces leemos de Débora, que hace la guerra contra Sísara por sus crímenes contra las mujeres; y de la madre de Sísara se dice que esperaba ansiosa a su hijo cuando volviera con el botín de guerra: *«Una muchacha, dos muchachas por cabeza de varón»*.

56 El Dr. A. C. Dixon dice en un artículo del *London Christian* (16 de noviembre de 1911): «Miren esta civilización que Dios mismo fundó, y le oirán decir: *“Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”*. A la mujer se le concede la preeminencia. No es la mujer la que deja al padre y a la madre y se une a su marido; sino que es el hombre el que deja a su madre y a su padre y se une a su mujer». En un punto no estoy de acuerdo con el Dr. Dixon. La civilización basada en esta ley de Dios para el matrimonio no hizo a la mujer superior a su marido, pero impidió que se convirtiera en su subordinada. En este contexto es instructiva la historia de Jacob y sus esposas, Lea y Raquel. Cuando él quiere dejar a su suegro, pide humildemente a sus esposas que lo acompañen. Y ellas no dicen: «Es nuestro deber seguir a nuestro marido», sino: «Tenemos dos razones por las que deberíamos ir: nuestro padre no nos ha dado herencia; y se ha quedado con el salario de Jacob, que debería habernos sido pagado a nosotras y a nuestros hijos» (Génesis 31:14-16). De ello se desprende que, allí donde vivían estas mujeres, los hombres no vendían a sus hijas en matrimonio, y que las mujeres no se sentían obligadas por el matrimonio a seguir a sus maridos hasta el fin del mundo. Reconocidos lingüistas dicen que Abraham dijo a Abimelec (Génesis 20:13) respecto de Sara: *«Porque Dios la movió a andar errante conmigo»*, y no simplemente: *«cuando Dios me hizo salir errante...»*. La diferencia de significado es la siguiente: en aquel tiempo no se esperaba que una mujer siguiera a su marido en sus andanzas, todo lo contrario. Dios deseaba que Sara y Abraham salieran ambos de un entorno idólatra; por eso da a Sara una revelación de su voluntad, para que no siga la costumbre habitual y se quede con sus parientes.

«La civilización basada en esta ley de Dios para el matrimonio no hizo a la mujer superior a su marido, pero impidió que se convirtiera en su subordinada».

Lección 8 – LA DIGNIDAD DE LA MUJER EN LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

57 El profesor de Cambridge Robertson Smith escribe: «Según el Génesis, el matrimonio implica que un hombre deja a su padre y a su madre y se vuelve hacia su mujer, y serán una sola carne. Esto está totalmente en consonancia con lo que encontramos en otras partes de la historia patriarcal. Mr. McLennan ha aducido los matrimonios de Jacob, en los que Labán tenía claramente la ley de su parte cuando dijo que Jacob no tenía derecho a llevarse a sus esposas y a sus hijos; y asimismo el hecho de que, cuando Abraham buscaba una “mujer para Isaac”, su siervo pensó que la condición sería probablemente que Isaac viniera a establecerse con el pueblo de ella». [En este caso Abraham no

podía consentir, porque Dios lo había llamado expresamente a apartarse de la idolatría de ellos]. «Los hijos de José con su esposa egipcia solo llegaron a ser israelitas por adopción; asimismo, la esposa de Sansón, del pueblo de los filisteos, permanece con su pueblo, y él la visita allí. Todas estas cosas ilustran lo que en Génesis 2:24 se presenta como el tipo original del matrimonio». Y podríamos preguntar: ¿qué significa esta formulación primitiva —«se unirá a su mujer, y serán una sola carne»— sino que él pertenecerá a la misma línea de descendencia que su esposa? El mismo autor escribe: «La línea de descendencia materna es el tipo primitivo de la descendencia; la maternidad común, el tipo primitivo de la unidad de parentesco, que domina toda la terminología semítica». J. P. Peters, D.D., escribe sobre el mismo pasaje del Génesis: «En la manera en que aquí se presenta la relación del hombre con la mujer tenemos, evidentemente, otra de esas pruebas incidentales de la gran antigüedad de esta historia. No es la mujer la que deja a padre y madre y se une al hombre, sino el hombre el que deja a padre y madre y se une a su mujer. Parece que tenemos aquí un vestigio del antiguo matriarcado, de aquella relación matrimonial de la que tenemos un ejemplo en la historia de Sansón, en la que la mujer permanece con su tribu, su clan o su familia, y es visitada por el hombre. La descendencia pertenece en tal caso a la familia de la mujer, no a la del hombre» (*Early Hebrew Story*, p. 223).

58 El gran arqueólogo, el Prof. Flinders Petrie, también ha escrito cosas interesantes sobre este tema, y reproduzco una cita bastante larga suya para mostrar que en este asunto no exagero. Escribe: «Nos hemos acostumbrado tanto a la idea de que las mujeres en Oriente siempre fueron dependientes — como lo son ahora bajo el mahometismo— que tenemos que abrir los ojos a un sistema completamente distinto que se nos muestra en la historia temprana de la era patriarcal. En general, puede decirse que nuestro sistema actual es, por un lado, la completa mezcla de hombres y mujeres en la sociedad, mientras que, por otro lado, los hombres conservan todos los derechos y la propiedad. El ideal temprano en Oriente preveía mundos separados para hombres y mujeres, mientras que las mujeres conservaban sus propios derechos y todos sus bienes».

«La línea de descendencia materna es el tipo primitivo de la descendencia; la maternidad común, el tipo primitivo de la unidad de parentesco».

59 El Prof. Petrie continúa: «La primera mujer [además de Eva] que aparece en el AT¹ como personalidad es Sara, la “jefa del clan”, como ya dice su nombre. Sar es la antigua designación habitual, todavía en uso en el Oriente Próximo, para un jefe. ... Su posición independiente se pone de manifiesto en el hecho de que, con bastante independencia de Abraham, vivió en el palacio del faraón o en la corte de Abimelec. Ningún intento de autores posteriores de explicar esto de otro modo puede dar cuenta de esta independencia, que en los últimos años simplemente se ha ignorado.

«Sara tenía su residencia independiente en Mamre y vivía allí mientras Abraham vivía en Beerseba; y se dice que él vino para hacer duelo por ella y sepultarla. Su condición durante sus viajes y en su vida posterior no era, por tanto, en modo alguno la de una dependencia recluida, sino la de una jefa de clan independiente o una “madre de la tribu”.

60 «Como Sara no tenía hija, fue necesario traer a alguien de la familia para presidir el clan, y Rebeca fue traída de la antigua patria. Isaac trasladó la tienda oficial de Sara a tres o cuatro jornadas de Mamre, a Beer-lahai-roi, y en cuanto llegó Rebeca fue alojada en esa tienda. Después Isaac se casó con ella; y ella parece haber sido tan independiente como Sara. Como Rebeca no tenía una hija que la sucediera, Jacob tuvo que casarse con Lea, la mayor en la línea de sucesión, y no pudo tener a Raquel antes de que la posición de Lea quedara así asegurada.

61 «Antes de la partida hacia Egipto, solo se menciona una hija entre once hijos, a saber, Dina, la “jueza” [según el significado del nombre], hija de la jefa de clan Lea. Sus hermanos se enfurecieron por su matrimonio con un heveo², porque con ello ella sometería su función de jueza a otro pueblo; y solo la incorporación de los heveos al pueblo israelita mediante la circuncisión podía arreglar la situación (Génesis 34:1-24). Todavía más tarde podemos rastrear esta línea de descendencia en el nombre de la única mujer cuyo nombre se menciona de la generación siguiente: Sera (Génesis 46:17), una forma de Sara, la “jefa de la tribu”. Como Dina, al parecer, no tuvo hijos, era natural tomar a una descendiente de Zilpa, la sierva de Lea. Así, Aser, por quien Lea se alegró especialmente, proporcionó la siguiente jefa de clan en su hija Sera».

62 Algo de esta dignidad temprana de la mujer puede rastrearse a lo largo de toda la historia bíblica, especialmente en la «reina madre», que ejerce el poder junto al rey, de la que se habla todavía en el año 600 a. C., en tiempos de Jeremías, en Jeremías 13:18 (aquí la palabra a menudo se traduce erróneamente como «reina»).

Antes del hebreo existieron las lenguas acadia y sumeria; y el Prof. Sayce cuenta que los traductores de antiguos himnos sumerios al semítico cambiaron «femenino y masculino» por «masculino y femenino» e introdujeron otros cambios semejantes para conceder la supremacía a los hombres. Sumer, Acad, Babilonia, Arabia, Fenicia y Egipto: todas estas antiquísimas civilizaciones estaban marcadas por rasgos del matriarcado. Sir Wm. Ramsay dice lo mismo respecto de Asia Menor. La línea de descendencia femenina puede demostrarse también en la Grecia temprana; la mujer espartana fue la última en perder su dignidad. Todavía hacia el año 450 a. C. escribió Heródoto acerca de los licios: «Si alguien pregunta a su vecino quién es, este dirá que ha nacido de tal o cual madre, y enumerará los antepasados de su madre». Antes se suponía que esto se debía a que el padre tenía más de una esposa; pero hoy se subraya con insistencia que esa no es la explicación correcta. Ya la palabra griega para «hermano» (*adelphos*) describe un parentesco a través de la madre, no a través del padre.

63 Nos hemos alejado tanto de la ley de Dios que hoy, según el derecho británico, la madre no es progenitora. Durante el reinado de Eduardo VI, los tribunales civiles y eclesiásticos declararon conjuntamente que la duquesa de Suffolk no era pariente del hijo que ella había dado a luz. La Iglesia de Inglaterra se opone estrictamente al divorcio. Pero si leemos en Mateo 19 la disposición del Señor Jesús respecto del divorcio, descubrimos que la conclusión «*lo que Dios juntó, no lo separe el hombre*» se basa en la premisa: «*Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne*». La iglesia nunca hará cumplir eficazmente la conclusión de esta disposición [la prohibición del divorcio, N. del T. alemán] mientras pase por alto las premisas en que se basa.

64 Nuestras gramáticas y léxicos hebreos señalan que casi todos los términos colectivos que se refieren a pueblos y los nombres de ciudades y comunidades son *femeninos*. ¿Cómo se llegó a esto, sobre todo cuando es simplemente impensable que los hombres, en tiempos de Cristo, acuñaran una palabra de género femenino para describir una multitud como la que Cristo alimentó? Según el relato del evangelio, alimentó a «*cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y los niños*». Y en otra ocasión alimentó a «*cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños*». Asimismo, Pedro, Esteban y Pablo, en el libro de los Hechos, se dirigen a multitudes en diversas ocasiones como «*varones hermanos*» y ni siquiera mencionan a las mujeres. Cuando el hombre ocupa casi exclusivamente el primer lugar, en una multitud solo se menciona su sexo. Sin embargo, se comprende bien que, en épocas en que la línea de sangre se contaba a través de las mujeres, al mencionar una nación o una comunidad de una misma sangre, las naciones, ciudades, comunidades y multitudes recibieran designaciones femeninas.

Estos términos colectivos para ciudades, aldeas, etc., eran femeninos porque tales lugares consistían en *grupos de casas que pertenecían a mujeres* y de las que estas mujeres rara vez se marchaban. La palabra para ciudades en Números 21:25, Josué 15:45, etc., es «hijas». Por la misma razón, en Isaías 12:6, en lugar de «habitantes de Sion», el texto original dice «*moradora* de Sion», y casos semejantes son muy frecuentes en el AT.

Lección 9 – LA ELECCIÓN DE EVA Y LA ELECCIÓN DE ADÁN

65 En el marco de una serie de conferencias muy útiles sobre «Crítica bíblica espiritual», el Dr. A. T. Pierson dijo: «En el ámbito intelectual, el hombre cree algo porque es verdad; en el ámbito espiritual, el hombre sabe que algo es verdad porque lo cree». Si ustedes tienen consigo al Espíritu para convencerlos de la verdad, y si creen lo que se dice hoy en nuestra lección, entonces *acepten la verdad*, vivan conforme a ella y enséñenla a otros, aunque pueda invertir por completo enseñanzas anteriores que hayan recibido y prejuicios que tal vez hayan adoptado.

66 En el contexto de estas lecciones, rechazemos de una vez por todas, como un planteamiento indigno, todo deseo de querer saber «quién es el mayor en el reino de los cielos, el hombre o la mujer». Pero como mujeres estamos interesadas, y debemos estarlo, en el destino de la mujer. Este destino fue establecido en el huerto del Edén. ¿Cuál es?

67 Lea, por favor, Génesis 2:17-18. Poco antes de la separación de los sexos, cuando Adán había alcanzado la madurez de la responsabilidad y tenía que rendir cuentas de su conducta, Dios le prohibió comer del «*árbol de la ciencia del bien y del mal*». Eva todavía no había sido «formada», como muestra el versículo 18; la orden fue dada en segunda persona del singular. Qué era exactamente este «árbol» no se nos dice. Es lícito pensar que la expresión «el bien y el mal» es prácticamente equivalente a «dolor y placer», tal como aparece en pasajes bíblicos como 2 Samuel 19:35, Job 2:10, Isaías 7:15-16, Jeremías 42:6, etc. El resultado de la desobediencia de Adán a semejante ley sería, por un lado, el descubrimiento de una clara diferencia entre el «dolor» y el «placer» y, por otro, una fuerte tentación de buscar en adelante el placer y evitar todo «dolor», aun el saludable. Quizá Dios quería dirigir la atención de Adán hacia motivos y principios de conducta más elevados que el mero «dolor y placer». Esta prohibición, si la interpretamos así, tenía un significado especial, ya que precedió inmediatamente al acontecimiento de que Dios diera a Adán una mujer como compañera. Sobre todo, hay que reprobar el rehuir los dolores de la responsabilidad en la relación entre los sexos. Eso significa la decadencia del individuo y, en última instancia, la decadencia de la raza humana; y tiene que traer inevitablemente sufrimiento y una carga excesiva para el sexo materno.

68 Eva no fue «formada» hasta que esta prohibición ya había sido pronunciada, y no se nos informa si ella la oyó después del Todopoderoso o si solo se enteró por medio de Adán. Según el testimonio bíblico, probablemente solo la había oído de Adán cuando Satanás la sedujo a desobedecer el mandamiento; porque, al repetir la instrucción, adornó el lenguaje, hizo más fuerte la letra de la ley en un punto y más débil en otro, y esos son rasgos de una historia contada de segunda mano, no de un relato de primera fuente. Finalmente, ambos comieron del árbol, y Dios vino al aire del día para pedirles cuentas. Preguntó a Adán: «*¿Has comido del árbol...?*», y la respuesta fue: «*La mujer que TÚ me diste por compañera, ELLA me dio del árbol, y yo comí*». Luego Dios preguntó a la mujer, y ella respondió: «*La SERPIENTE me engañó, y comí*». Le ruego que preste atención a las palabras que he escrito en mayúsculas.

69 A mi juicio está justificado contraponer estas dos respuestas, porque en ellas encontramos un indicio de lo que sigue. Ambos confiesan: «*Yo comí*», y ambos nombran verazmente la influencia *inmediata* que los llevó a comer. Hasta aquí están a la par. Pero Adán se siente obligado a decir más. Hubo una causa primera de su caída a través de Eva: Satanás. Sin embargo, Adán no menciona a Satanás, como sí lo hace Eva; y, no obstante, no calla acerca de una causa primera: acusa a Dios directamente en su cara de ser él mismo esa causa primera, al haberle dado la mujer por compañera. Y lo peor es que Satanás estaba presente en la conversación, o cerca, y no podía ser pasado por alto, o solo intencionadamente, si es que había que mencionar a toda costa una causa primera. Satanás debió de alegrarse tanto de la actitud de Adán hacia Dios, y de que acusara implícitamente a Dios de necedad, como de la actitud de Adán hacia él mismo, el tentador, porque lo protegía de acusaciones. ¿No es este acontecimiento, esta conducta de Adán, a la que se refiere Job (Job 31:33) cuando se lamenta: «*Si como Adán encubrí mis transgresiones, escondiendo en mi seno mi iniquidad...*»? El Dr. Lange dice (véase párr. 36): «Adán tenía que guardar y proteger [el huerto] de un poder del mal ya existente». ¿No será quizá esta la razón por la que Adán no menciona a Satanás, que pudo hallar entrada?

«Adán acusó a Dios directamente en su cara de ser él mismo la causa primera de la caída, al haberle dado la mujer por compañera».

70 Destino es una palabra terrible. El destino de una persona puede quedar fijado para toda la vida por la decisión de un instante, y esa decisión puede —a menos que se implore la intervención divina— convertirse a lo largo de las generaciones siguientes en la inclinación natural de su descendencia. En la Escritura, esa es la lección de los israelitas y los edomitas. La vida de Esaú parecía más respetable que la de Jacob, hasta un determinado punto de la historia de Jacob. Pero cuando Esaú estuvo en la bifurcación de dos caminos, eligió el alivio físico al precio de su primogenitura (Génesis 25:29-34). Mucho más tarde, Jacob llegó a una encrucijada de dos caminos y, aun a riesgo de ser sorprendido solo y desprevenido por un ataque homicida de su hermano, luchó toda la noche por la bendición divina (Génesis 32:24-32) y la obtuvo. Dios vio ya antes del nacimiento de estos dos el tipo de decisiones que cada uno tomaría, e hizo su «elección» conforme a esa presciencia. Ahora Dios —esta vez sobre la base de las decisiones de Adán y Eva— está a punto de hacer una «elección», igual que más tarde en la historia, cuando eligió a Jacob como antepasado del Mesías venidero.

71 Adán tomó una mala decisión. Se puso del lado de la serpiente y se convirtió en calumniador de Dios. Pero Eva desenmascaró el carácter de Satanás en su presencia y creó así enemistad entre ella y él. Lo que siguió fue el resultado natural de la mejor elección de Eva. Dios decidió apartar a la mujer todavía más de Satanás. Dijo a Satanás: «*Y pondré enemistad entre ti y la mujer*» (3:15). En efecto, con ello dijo: «Ella ha decidido consumir la ruptura; yo ampliaré esa ruptura».

Mucho se ha dicho ya sobre el tema de la gloriosa promesa que sigue ahora, pero detengámonos a considerar que bastantes intérpretes no encuentran en ella más significado que el de que siempre habrá una enemistad natural entre el hombre y el animal inferior, la serpiente.

72 No debemos olvidar que Dios, en ese momento, puso enemistad entre Satanás y la mujer. Eso explica en gran medida toda una serie de males que se profetizan en el versículo siguiente (3:16), lo cual, ciertamente, según la visión tradicional, es la consecuencia de que Eva introdujo el pecado en el mundo al comer el fruto prohibido y dar también a su marido. La enemistad de Satanás es la causa del sufrimiento de la mujer. En lecciones posteriores se arrojará más luz sobre este punto.

73 «Entre tu simiente y la simiente suya», añade Dios a estas palabras dirigidas a Satanás con respecto a la mujer. A pesar del énfasis habitual hoy en la «paternidad universal de Dios» y la «fraternidad universal de los hombres», que en parte es verdad, nosotros, que respetamos la Escritura como autoridad, no debemos olvidar que también Satanás, al igual que Dios, tiene sus hijos —infractores morales y espirituales— entre los hombres. «La buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo». En Juan 6:70 se dice: «¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?» Cuando los judíos declararon: «Un padre tenemos, que es Dios», Jesús respondió: «Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais. ... Vosotros sois de vuestro padre el diablo» (Juan 8:41-44). Ni siquiera el apóstol del amor, Juan, dice que todos los hombres sean hijos de Dios, sino que advierte: «Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo, ... En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo» (1 Juan 3:7-8, 10). Dios no recibe ni reconoce como hijos suyos a los hijos «bastardos» no regenerados (Hebreos 12:8) de una iglesia caída.

74 «Él [la simiente de la mujer] te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar». En traducciones más antiguas figura «ha de» (al. *soll*), pero, en aras de la claridad, en ambos lugares debe decir «herirá» (al. *wird*). Son formas de futuro, no imperativos. Dios no ordena a Satanás que hiera el calcañar del descendiente de la mujer; solo profetiza que estas cosas sucederán. La profecía se refiere especialmente al gran enemigo de Satanás, Jesucristo, nacido de la virgen María; pero se refiere también a todos los creyentes, pues el apóstol Pablo dice (Romanos 16:20): «Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies». Continuaremos con este tema en nuestra próxima lección.

Lección 11 – EVA Y SUS CALUMNIADORES

82 Si la extensión de este libro lo permitiera, podría añadir al comentario del canónigo Payne-Smith interesantes aportaciones de otros comentaristas que tratan de la fe de Eva en que Caín era el que había de venir, el Mesías. Especialmente valiosos son los comentarios del Dr. Peter Lange, de la Universidad de Bonn, y de su editor y traductor, el Dr. Tayler Lewis. Este último escribe: «El error de Eva al aplicar la expresión a alguien que era más bien el tipo del Anticristo que del Redentor no debería escandalizarnos tanto a nosotros —a quienes el Dios del pacto se ha revelado como un ser tan trascendentemente distinto— que llegue a influir en la interpretación del texto. La limitación del conocimiento de Eva, y quizá su falta de una distinción adecuada entre lo divino y lo humano, pone tanto más de relieve la intensidad de su esperanza y la veracidad subjetiva de su lenguaje. Si sus palabras transmitidas no hubieran contenido entonces ninguna referencia a la simiente prometida de la mujer, los racionalistas sin duda lo habrían aducido como prueba de que ella no podía saber nada de semejante profecía, y de que, por tanto, Génesis 3:15 y Génesis 4:1 debieron de ser escritos por autores distintos, que no sabían nada el uno del otro o que se contradecían».

83 No solo Adán, sino ante todo la Palabra de Dios misma dice que Eva era «madre de todos los vivientes». Delitzsch observa al respecto: «La promesa habla realmente de una simiente de la mujer. Frente a la muerte que lo amenaza, la mujer significa para Adán la seguridad de ambas cosas: tanto de la continuidad como de la victoria de la raza humana». Sobre el aspecto de que todos los creyentes son «la simiente de la mujer», el Dr. Monroe Gibson comenta con la pregunta: «¿Quién es su simiente?», y responde: «Muchos lectores superficiales piensan que su simiente es toda la humanidad. En cierto sentido, naturalmente, toda la humanidad es “la simiente de la mujer”; pero si abarca a toda la humanidad, ¿qué significa entonces la simiente de la serpiente? ¿No es del todo evidente que “la

simiente de la mujer” no puede significar toda la humanidad, sino simplemente aquellos que no solo literal, sino espiritualmente son la “simiente de la mujer”, aquellos que están del lado del bien, del lado de Dios y de la justicia? Los que son de espíritu contrario son la simiente de la serpiente, los “hijos del diablo”. Del mismo modo, cuando leemos: *“Y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva, por cuanto ella era madre de todos los vivientes”* [3:20], la mayoría de los lectores lo entiende en el sentido de que era la madre de todos los seres humanos. Pero ¿por qué habría de darle un nombre que afirma algo tan evidente? En cambio, si se entiende a los “vivientes”, en sentido espiritual tanto como literal, como aquellos que están “vivos para Dios”, que tendrán la “vida” que Dios da por medio de su Hijo, ¡qué bien encajan entonces todas las alusiones! “La simiente de la mujer”, “la madre de los vivientes”, “las generaciones de Adán”. En hebreo, estrictamente hablando, no existe el tiempo presente, solo el pasado y el futuro. Por tanto, cuando se emplea el futuro, puede designar el presente que continúa hacia el futuro. Así, aquí no solo dice “pondré enemistad”, sino también: pongo enemistad entre ti y la mujer. La obra ha comenzado ... Ella es el tipo original y la representante de todas las personas individuales que forman la iglesia de Dios» (*The Ages before Moses*, p. 122).

84 Comparemos ahora cuatro pasajes bíblicos de los muchos que podría haber elegido. Dios dice a Abraham (Génesis 22:16-18): *«Por mí mismo he jurado ... En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz»*. A Isaac le dice: *«todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente, por cuanto oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto»* (Génesis 26:4-5). A Jacob le dijo lo mismo (Génesis 28:14). A David le dice: *«levantaré descendencia después de ti ... y yo confirmaré su trono eternamente»* (1 Crónicas 17:11-12). Luego, Gálatas 3:29: *«Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa»*. ¿Fue un honor especial para Abraham, Isaac, Jacob y David ser mencionados como partes de esta corriente de bendición que había de descender sobre la humanidad? Entonces conviene que recordemos que la fuente de esta bendición (por el lado humano) es Eva, de quien Dios dijo a Satanás: *«Pondré enemistad entre ti y la mujer; ... su simiente ... te herirá en la cabeza»*. La promesa honra a Eva tanto como a Abraham, Isaac y Jacob, y ese honor no podría haberle sido concedido por otra razón que la de ellos, a saber, por la excelencia hallada en ella.

85 En nuestra próxima lección mostraré que el NT enseña que fue Adán, y no Eva, quien trajo al mundo el pecado, y por el pecado la muerte. Pero entonces, ¿cómo se explica esta calumnia contra el carácter de Eva? ¿Dónde tiene su origen? Creo que la respuesta a estas preguntas es bastante sencilla. Históricamente, la acusación definitiva más antigua contra la mujer como fuente de todo mal es el mito griego pagano de Pandora. Según Hesíodo, que vivió hacia el año 800 a. C., Júpiter estaba furioso porque Prometeo (su nombre significa «previsión») había robado el fuego del cielo, y por venganza ordenó a Hefesto que hiciera una mujer hermosa. Minerva la adornó con todos los dones, y fue llamada Pandora (que significa «dotada de todo»); Mercurio, sin embargo, le dio un espíritu engañoso. Fue llevada a Epimeteo («pensamiento posterior»), quien, en contra de las advertencias, la recibió en ausencia de Prometeo. Cuando fue acogida entre los hombres, Pandora abrió una vasija y dejó escapar todos los males de la humanidad, con excepción de la esperanza engañosa. Hay muchas variantes de este mito, pero todas enseñan una sola visión: la mujer es la fuente de los males humanos.

86 La época intertestamentaria, el tiempo entre el AT y el NT, fue en la historia judía un «tiempo de mezcla», porque los judíos se esforzaban por armonizar las enseñanzas del AT y las costumbres de los judíos con el paganismo griego. El arcediano Farrar³ cuenta que «Palestina estaba en aquel tiempo rodeada por un cinturón de ciudades griegas en las que muchos judíos se mezclaban libremente con la población pagana. En la misma Jerusalén crece un partido rico y poderoso, en estrecha relación con los

reyes griegos de Siria y Egipto. Fascinados por los encantos de la vida y de la literatura griegas, querían adoptar ideales helenísticos y borrar los rasgos distintivos más esenciales de la vida y la fe judías. Esta época medio incrédula ha sido descrita como “los días de la mezcla”».

87 No es, pues, nada extraño que en esta época se intentara conciliar la leyenda de Pandora y el relato de Eva en el Génesis; y la referencia más antigua que se conserva a Eva como fuente del mal se encuentra en el libro de los apócrifos conocido como *Eclesiástico o Jesús ben Sirá*. Este libro, una obra palestina de fecha incierta, fue escrito originalmente en hebreo, probablemente hacia el año 250 a. C., pero muy pronto fue traducido al griego en Egipto, y contiene las siguientes palabras: «Por una mujer comenzó el pecado, y por ella morimos todos» (25:24). Tennant cuenta que «Jesús ben Sirá fue el precursor de la doctrina talmúdica de la caída».⁴ Enseguida mostraré, mediante extractos, lo que esta doctrina talmúdica dice acerca de Eva; así que, por favor, no olviden este punto.

«La referencia más antigua que se conserva a Eva como fuente del mal se encuentra en el libro de los apócrifos conocido como *Eclesiástico o Jesús ben Sirá*».

Autores judíos posteriores se extienden más sobre la culpa de Eva. Especialmente en Alejandría se hizo el intento de armonizar la Sagrada Escritura con las doctrinas paganas griegas. Para perjuicio de la teología cristiana, tras la conclusión de la versión griega del AT en Alejandría (comenzada en el año 285 a. C.), estos escritos judíos no inspirados, llamados «los apócrifos» —todos escritos en griego, no en hebreo—, fueron incorporados a esa versión, que la iglesia utilizaba con exclusión de las Escrituras hebreas. Muchos de los Padres de la Iglesia citaron los apócrifos como autoritativos; y todos fueron influidos por sus enseñanzas. Y así sucede fácilmente que el carácter de la mitológica Pandora se atribuya a Eva. Ninguna afirmación sobre el carácter de Eva puede rastrearse más atrás que hasta los «días de la mezcla».

88 Ireneo, obispo de Lyon en el año 177 d. C., dice de Eva, en consonancia con la enseñanza de Ben Sirá y de otros judíos: «Habiéndose vuelto desobediente, fue hecha causa de muerte, tanto para sí misma como para toda la humanidad». Pero algunos años más tarde, Tertuliano de Cartago es especialmente severo; castiga el pecado de Eva en todas las mujeres cristianas con las siguientes palabras: «¿Y no querías saber que eres una Eva? Todavía sigue viva en este mundo la sentencia penal de Dios sobre tu sexo; entonces también tu culpa tiene que seguir viva. ERES TÚ QUIEN DIO ENTRADA AL DIABLO, tú rompiste el sello de aquel árbol, tú fuiste la primera en abandonar la ley divina, tú eres también la que sedujo a aquel a quien el diablo no pudo acercarse. Con tanta facilidad derribaste al hombre, la imagen de Dios. Por tu culpa, es decir, a causa de la muerte, también el Hijo de Dios tuvo que morir». Pero, sin la mujer, ¿habría visto jamás la humanidad que el Hijo de Dios viniera al mundo para morir o para predicar a los hombres?

89 Muchas de las opiniones teológicas de nuestro tiempo muestran la mano formadora de Tertuliano, pues, para usar la escueta afirmación del *Lippincott's Biographical Dictionary*: «Adquirió gran influencia entre los cristianos de su tiempo». No pocas de sus obras literarias se han conservado hasta hoy. Si se parte de semejante visión de la mujer (excluida, por una “culpa” permanente, de la participación en los méritos del sacrificio expiatorio de Cristo), no es de extrañar que el siguiente pasaje bíblico que vamos a considerar (Génesis 3:16) se haya interpretado, en consonancia con la doctrina del Talmud y de Tertuliano, como la maldición eterna de Dios sobre todo el sexo femenino.

Lección 46 – DISCULPAS INNECESARIAS PARA LA LÓGICA PAULINA

346 ¿Qué alternativa tenemos, pues, a esta interpretación de que Pablo da consejos apropiados para una gran situación de emergencia —y de que *no* aboga por el silencio y la sumisión permanentes de la mujer—? Según los comentaristas, todo se reduce a afirmar que el apóstol, que por un lado dedicó tanto tiempo a combatir las «fábulas judaicas» de los judaizantes, por otro lado estaba él mismo muy profundamente marcado por esa misma escuela; porque la conclusión inevitable es que Pablo argumenta aquí con generosidad mediante una sofística judía poco seria, a menos que concluyamos que *otros* han impregnado la enseñanza de Pablo con una sofística interesada. Calvino, por ejemplo, escribe sobre el argumento «Adán fue formado primero»: «Pero la razón que Pablo da para ello, a saber, que la mujer ocupaba el segundo lugar en el orden de la creación, no parece ser un argumento muy fuerte a favor de su sumisión, pues Juan el Bautista fue anterior a Cristo en el orden temporal y, sin embargo, le era muy inferior en rango»; y Calvino podría haber añadido: «Todo hombre tiene una madre que fue hecha antes que él y, sin embargo, se la considera inferior». O, si Pablo se refería al acto original de la creación: «Las vacas fueron hechas antes que los hombres —incluso antes que los teólogos—; los hombres deben estar sometidos a las vacas». Por mi parte, estoy más dispuesta a suponer que el comentarista ha hecho uso de una sofística indigna que a creer que Pablo lo haya hecho.

347 Si seguimos la opinión de que Pablo impone enseñanzas rabínicas, entonces, como escribe Kalisch, «el Nuevo Testamento ... es aún más severo que el Antiguo; pues mientras ordena a la mujer “aprender en silencio, con toda sujeción, y no enseñar ni pretender dominio sobre el hombre, sino estar en silencio”, en el Antiguo Testamento era admitida al más alto oficio de enseñanza, el de los profetas, como Miriam, Débora y Hulda». Yo, sin embargo, preferiría creer que el comentarista se equivoca antes que creer que el término «evangelio» —«buena noticia»— anuncia a las mujeres una opresión tal como no les fue impuesta según la ley del Antiguo Testamento.

348 A veces el comentarista, satisfecho con las *instrucciones* de Pablo, pero incómodo ante su *manera de argumentar*, intenta disculpar a Pablo. El Prof. Reynolds dice sobre el versículo 13: «Este argumento puede sonar rebuscado a nuestros oídos cuando se usa para desaprobar la pretensión femenina de superioridad intelectual. Sin embargo, en aquel tiempo era un método habitual buscar y encontrar en la Escritura la expresión concreta de casi todas las opiniones filosóficas». Eso suena muy sabio. Pero yo estoy acostumbrada a creer que el Espíritu Santo motivó los escritos paulinos; y no creo que el Espíritu tuviera necesidad de estudiar disparates rabínicos para fundamentar una razón para el silencio y la sumisión de las mujeres. ¡La falta de razones sensatas tuvo que ser verdaderamente fatal antes de que Pablo pudiera conformarse con argumentos como los que aquí se le atribuyen!

349 El apóstol que con una lógica vigorosa redactó la carta a los Romanos, y que o bien escribió los claros argumentos de la carta a los Hebreos o bien fue el maestro de quien los escribió, no tenía necesidad de recurrir a algo que él mismo llamó con desprecio «fábulas judaicas» —y de las que advirtió a Timoteo que se apartara— para encontrar un pretexto para hacer callar a las mujeres. Si hubiera querido hacerlas callar, habría tenido una razón *honest*a para ello y habría podido encontrar un lenguaje adecuado para exponer esa razón. Una grave responsabilidad pesa sobre quienes exponen a Pablo a la burla y a la Biblia a la desconfianza en cuanto a su valor, al intentar sostener sofismas mediante disculpas poco convincentes para Pablo. Yo no consentiría ni por un instante en que el apóstol, o la Biblia en general, necesiten una disculpa. En cuanto los comentaristas estén dispuestos a abandonar el intento de demostrar conclusiones egoístas y preconcebidas, las palabras de Pablo

resultarán perfectamente claras y concluyentes en sentido cristiano. He mostrado que Pablo no argumentó a favor de la sumisión de la mujer al hombre; tampoco a favor de que Eva fuera más culpable que Adán. Solo recomendó una «quietud» temporal de las mujeres en la iglesia, ya que existía un peligro especial para la iglesia y para la mujer en circunstancias adversas. Las persecuciones de Nerón estaban en curso, y la virtud de las mujeres cristianas estaba amenazada.

«Si Pablo hubiera querido hacer callar a las mujeres, habría aducido una razón honesta para ello y habría encontrado un lenguaje adecuado para exponer esa razón».

350 No obstante, el Prof. Ramsay sigue insistiendo en la conclusión de que Pablo quería hacer callar y someter a todas las mujeres para siempre, y llama (en *The Expositor*, 1909) al lenguaje de Pablo en este pasaje

«... un curioso ejemplo de cómo los judíos solían derivar argumentos de la Escritura y torcían y forzaban sus palabras para respaldar las opiniones que sostenían. Incluso allí donde Pablo expresa una verdad que ve con claridad mediante una intuición directa e infalible, a veces aduce del Antiguo Testamento argumentos que nos parecen muy rebuscados y bastante carentes de valor como argumentación. El pensamiento judío argumentaba de una manera muy distinta de la nuestra; y por su línea argumentativa a menudo nos resulta extraño. Pero no debemos equiparar la verdad de la opinión con la validez de la argumentación, ni concluir que, porque el argumento es tan poco convincente, la opinión es por ello falsa. En consecuencia, podemos dejar de lado el argumento derivado de la conducta de Adán y Eva como algo que no resulta atractivo para nuestro pensamiento y que apenas nos es comprensible. Y en la medida en que es comprensible, no puede, a juicio de los lectores modernos, reforzar la causa de Pablo. Pero su causa es completamente independiente de la argumentación».

351 Me alegro mucho de que, «a juicio de los lectores modernos», la causa de la sumisión y del silencio de las mujeres no se haya visto reforzada por la argumentación que se atribuye a Pablo, porque ahora cobro esperanza de que el comentarista reconozca pronto que una argumentación tan débil no procede en absoluto de Pablo, sino que es obra de falsificadores de las palabras paulinas. No fue Pablo quien torció la Escritura, sino que los hombres han torcido los argumentos de Pablo sacándolos de su armonía con la Escritura. Pero hay esperanza, una vez que los intérpretes comiencen a reconocer la torsión en el lenguaje. El Prof. Ramsay da por sentado que la argumentación de Pablo es mala, pero que su conclusión a partir de la mala argumentación es verdadera. Pero un árbol malo no puede dar buenos frutos. Una vez que se reconozca que el dominio del hombre sobre la mujer se asemeja a una propiedad adquirida con un título de propiedad defectuoso, los hombres no podrán luchar contra su conciencia culpable; y la mujer tiene a Dios de su parte. De ello concluimos: de las dos posibilidades —o bien (1) admitir que Pablo argumentaba a favor de algo completamente distinto, o bien (2) afirmar que Pablo argumentaba deshonestamente, torciendo la Escritura (a favor del silencio y la sumisión de la mujer)—, es mucho más respetuoso hacia Pablo y más reverente hacia Dios y Su Palabra rechazar la segunda visión y aceptar la primera.

352 He mostrado que en las palabras de Pablo a Timoteo sobre las mujeres puede encontrarse un significado coherente y apropiado, muy al contrario de la idea de que él perpetúa la sofística rabínica. El Prof. Ramsay, sin embargo, por no citar otras opiniones semejantes, acusa a Pablo de una «manera de argumentar rebuscada y extraña» para respaldar la doctrina (tomada del rabinismo) de que la mujer está subordinada al hombre. Nadie puede negar que se ha empleado una manera de

argumentar rebuscada y extraña para imponer semejante doctrina con ayuda de este texto de Timoteo. Eso es evidente. Pero niego que Pablo sea culpable de que la Palabra de Dios haya sido falseada. Veo la culpa en los «judaizantes» dentro de la iglesia primitiva; y comentaristas varones, por motivos interesados (quizá inconscientes), han adoptado esta argumentación prefabricada, rebuscada y extraña de los «judaizantes», cuya influencia dañina sobre la iglesia el propio Pablo combatió a diario durante todo su ministerio. Advirtió contra ellos y profetizó acerca de ellos de la siguiente manera: *«Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño»* (Hechos 20:29). Los denunció a ellos y sus enseñanzas innumerables veces en varias de sus cartas; y después de Pablo, Pedro advirtió a los cristianos contra aquellos que «tuercen» las palabras de las cartas de Pablo «para su propia perdición» (2 Pedro 3:15-16).

353 Pablo dice de sí mismo en 2 Corintios 4:1-2: *«Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio, ... antes bien renunciemos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios»*. Por tanto, para aceptar la opinión de que Pablo cayó en una «argumentación rebuscada y extraña», como la que caracterizaba a los «judaizantes» de aquellos días, tenemos que creer mucho más que solo que Pablo «tuerce y fuerza el lenguaje de la Escritura» (por usar las palabras del Prof. Ramsay). Tenemos que creer que el Espíritu Santo, que inspiró los escritos de Pablo, cedió el lugar a un espíritu de mentira, y que Pablo, cuando redactó esta afirmación sobre sí mismo, no fue honesto; pero yo no tengo semejante opinión de Pablo.

Lección 47 – OBSERVACIONES FINALES SOBRE LA JEFATURA DEL ESPOSO

354 Si la jefatura del esposo no significa, pues, dominio del hombre, ¿por qué se exhorta a la esposa a «someterse» a su marido y no al esposo a su mujer? Porque el significado propio de la palabra «sumisión» no se refiere a la servidumbre, sino a la reconciliación. Donde reina o se sospecha una injusticia, el método cristiano es siempre exhortar a la parte perjudicada a procurar la paz, si es posible, hasta que el malhechor aprenda algo mejor. Lea 1 Pedro 2:18-23 sobre este punto: observe la transición a 3:1, especialmente la expresión «asimismo». La «sumisión» que se pide se refiere a un esposo obstinado e incrédulo. Así, el apóstol Pablo, en Efesios 5, exhorta a la esposa, que probablemente es más bien la que sufre injusticia, a una serie de deberes que se resumen en la palabra «sumisión», y al marido a otra serie de deberes, porque él es el que tiende más a la opresión. El esposo debe mostrar ese amor que se entrega por el bien del otro.

355 Pero el comentarista interpreta mal la *intención* con la que Pablo usa la palabra «sumisión». Esto puede ilustrarse de la siguiente manera: en China, desde hace siglos, las madres se sienten obligadas a vendar los pies de sus niñas para prepararlas para el mercado matrimonial. Esta costumbre está cediendo ahora ante las influencias humanitarias de la religión cristiana, y las madres, con el apoyo de los hombres de su familia, se niegan a vendar los pies de sus hijas y a menudo sueltan las vendas de sus propios pies. Pero tener los pies libres es *una* cosa para la hija cuyos pies *nunca* fueron vendados, y otra muy distinta para la madre cuyos pies están vendados *desde hace años*. La razón es que precisamente las vendas que tanto debilitaron y deformaron los pies se han convertido con el tiempo en un *apoyo esencial* para los miembros debilitados; así que la médica misionera, cuando libera los pies de la madre china, tiene que quitar las vendas viejas y *luego poner vendas nuevas* —esta vez atando cada dedo a su propia férula individual— solo hasta que el pie pueda liberarse de todo apoyo.

356 Esto último es, sin duda, un procedimiento de vendaje, pero se realiza con la *intención opuesta* a la del vendaje original de los pies. Se trata de restaurar la libertad perdida, mientras que el

procedimiento antiguo robaba la libertad de manera agresiva y ofensiva. Por lo demás, es por naturaleza un procedimiento totalmente inadecuado para la muchacha cuyos pies nunca fueron vendados. Ahora bien, ¿sería justo o veraz suponer, a causa de este *tratamiento temporal* realizado por la médica, que apunta a una libertad completa, que la médica considera ventajoso el vendaje de los pies? Sin embargo, precisamente en este sentido ha sido mal interpretado Pablo por quienes quieren justificar el dominio masculino. Ignoran el objetivo declarado de Pablo; callan ante sus claras afirmaciones en otros lugares sobre «*la libertad gloriosa de los hijos de Dios*»; desprecian las advertencias con las que Pablo protege sus palabras, y tuercen su sentido.

357 Afirmaciones como «*Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer*» comunican, según su manera de entenderlas, poca autoridad; pero como Pablo recordó dos veces a la mujer que su marido es su «cabeza» («apoyo», véase párr. 282), estos intérpretes quieren volver a cargar permanentemente sobre las mujeres los fardos de la opresión que Pablo quería quitar de sus espaldas encorvadas. Esta falsa presentación de la intención del apóstol ha llevado a muchas personas a burlarse irrespetuosamente de la Biblia y de Pablo; y la responsabilidad de ello la tienen los falsificadores de lo que Pablo quiso decir. Pablo no habla como un «viejo solterón», sino como portavoz de Dios. Tampoco trabaja bajo el aliento venenoso de una formación rabínica. Pablo habla bajo la influencia del Espíritu Santo y puede ser entendido fácilmente, con la ayuda del Espíritu, por quienes quieren entenderlo correctamente. Cualquier otra presentación de sus palabras es irrespetuosa.

358 El apóstol, que reconoce las dificultades bajo un gobierno pagano y bajo leyes civiles injustas para las mujeres, declara ahora en primer lugar que dentro de la iglesia deben quitarse las vendas de la opresión, pero que el vínculo del matrimonio debe preservarse cuidadosamente («*Honroso sea en todos el matrimonio*»); las esposas deben ser pacientes; y los esposos deben, para seguir con la imagen, funcionar por así decirlo como férulas individuales para cada mujer quebrantada y rota. La ética revolucionaria de un amor cristiano produciría en breve todo lo demás. Como su Maestro, Pablo vino para «*pregonar libertad a los cautivos*» por medio de su evangelio, no para anunciar cautiverio a los cautivos. La meta de Pablo para las mujeres, igual que para los hombres, es «*la libertad gloriosa de los hijos de Dios*», y la expone una y otra vez de muchas maneras; y una vez que las mujeres han alcanzado esta meta, el *método* queda superado y carece de significado. En los países cristianos, en hogares verdaderamente cristianos, las disposiciones especiales para que la esposa se «somete» a su marido están fuera de lugar: el método ha cumplido su obra; la opresión ha desaparecido; la libertad ha sido establecida.

359 Veamos ahora Efesios 5, versículo 22: «*Las casadas, [estén sujetas] a sus propios maridos, como al Señor*». Observe en primer lugar que las palabras entre corchetes no están en el texto original. A las esposas se les impone la misma obligación que en el versículo 21 ya se impone a todos los cristianos, y eso no significa ampliar los deberes de la esposa a una medida indefinida, sino limitarlos. La forma corresponde a Colosenses 3:18, donde encontramos la misma enumeración de deberes: «... *como conviene en el Señor*». Para Pablo, la sumisión podía sobrepasar la medida de lo que «conviene». Pues cuando falsos hermanos vinieron a él y le dieron malos consejos, declaró: «*a los cuales ni por un momento accedimos a someternos*». Sí, este apóstol, que enseñó a todos los creyentes a estar «sumisos unos a otros», como también lo hizo Pedro (1 Pedro 5:5), dice incluso de Pedro: «*le resistí cara a cara, porque era de condenar*» (Gálatas 2:3-5, 11). Una sumisión *sin reservas* a otro jamás ha sido impuesta por la Biblia ni al cristiano varón ni a la cristiana mujer.

«Una sumisión sin reservas a otro jamás ha sido impuesta por la Biblia ni al cristiano varón ni a la cristiana mujer».

360 El poeta John Milton sostiene una doctrina para las mujeres completamente distinta de la del apóstol Pablo:

*“To whom thus Eve, with perfect beauty adorn’d:
‘My author and disposer, what thou bidd’st
Unargued I obey: so God ordains;
God is thy law, thou mine; to know no more
Is woman’s happiest knowledge, and her praise.”*
[A quien Eva, adornada de perfecta belleza, habla así:
“Mi autor y señor, lo que tú mandas
sin discusión obedezco: así lo dispone Dios;
Dios es tu ley, tú la mía; no saber más
es el conocimiento más feliz de la mujer, y su alabanza”.]

Semejante doctrina pone al hombre en el lugar de Dios. Es el espíritu del Anticristo, que «se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios» (2 Tesalonicenses 2:4). También enseña a la mujer aquel pecado, el más abominable de todos para Dios: la idolatría.

361 Si el apóstol no impone específicamente la «sumisión» a los esposos como tales, es porque tiene motivo para encomendarle deberes aún más importantes. En el versículo 23 de este pasaje de la carta a los Efesios le dice que él, como su Señor, debe ser para su esposa «el salvador del cuerpo». ¡Cuán libre e inocente desea Pablo que sea ella! El versículo 25 enseña la completa renuncia a sí mismo por amor a ella, según el ejemplo de Cristo. El versículo 26, «santificar» el cuerpo de su esposa «habiéndola purificado» mediante su propia naturaleza carnal purificada y santificada, para poder presentarla al final a Cristo «que no tuviese mancha ni arruga» (versículo 27), libre de todo daño moral causado por la conducta de él. El versículo 28 le enseña a amar a su esposa como ama a su propio cuerpo, es decir, a sustentarla y cuidarla. La conducta contraria —la opresión por la lujuria— significa aborrecerla. Versículo 31: él (no ella) debe dejar a todos los demás y unirse solo a ella (véanse párrs. 45-64).

362 El único siglo de la mujer en la iglesia cristiana fue la época apostólica y un poco más allá. El Prof. Ramsay, en su valioso libro *The Church in the Roman Empire*, escribe:

«El tipo universal y católico del cristianismo se consolidó en su aversión a la importancia y al ministerio público de la mujer. La aversión se convirtió en repugnancia, y es probable que la aversión se remonte hasta el siglo I y que se intensificara hasta convertirse en repugnancia antes de mediados del siglo II».

Con el aumento de esta repugnancia, podemos estar seguros de que se harían todos los esfuerzos imaginables por encontrar una justificación para el silencio y la sumisión de las mujeres; y el «judaizante» estaba dispuesto a proporcionar el método para hacer que la Escritura, en particular las palabras de Pablo, enseñara tal cosa mediante contorsiones y torsiones. Aquí tenemos en pocas palabras la historia de aquella «argumentación rebuscada y extraña» que permite sacar conclusiones aparentes de los argumentos expuestos por Pablo; argumentos que, leídos correctamente e

interpretados con un espíritu libre de prejuicios, llevarían a una valoración completamente distinta del apóstol Pablo y de su enseñanza respecto de la «cuestión de la mujer».

«El único siglo de la mujer en la iglesia cristiana fue la época apostólica y un poco más allá».

Lección 66 – LA FUNDACIÓN DE UNA FAMILIA CRISTIANA

519 Según la cronología del Antiguo Testamento que se usa normalmente (la de Usher), Abraham nació en el año 1996 a. C., y Sara era diez años más joven (Génesis 17:17). Esta casa de la fe vivió, pues, aproximadamente tanto tiempo antes de Cristo como nosotros vivimos después de Cristo. La misma cronología sitúa el tiempo de Eva, cuando se dio la promesa de la simiente victoriosa, en el año 4004 a. C., y sitúa así la época de Abraham y Sara aproximadamente a medio camino entre esa memorable promesa y el nacimiento de la simiente de la mujer.

520 Desde el tiempo de Eva hasta Abraham (llamado al principio *Abram*), Dios, al parecer, no había tenido en cuenta la simiente del hombre como participante en la línea de antepasados del Mesías venidero. Entretanto, la humanidad, al menos en aquella parte del mundo, había abolido el cómputo de la descendencia por la línea femenina; y mucho de lo que caracterizaba la dignidad femenina de los tiempos primitivos desapareció. Sin embargo, de algún modo había que registrar el rastro del Mesías venidero, además de la afirmación general de que sería la simiente de la mujer; y ahora comienza a despuntar la luz respecto de la nación a la que pertenecerá cuando aparezca. Al mismo tiempo, era el propósito de Dios preparar a esa nación para recibirlo.

521 Abraham y su esposa Sara fueron llamados a salir de entre sus parientes idólatras (Génesis 12:1-5; Josué 24:2-3). Una vez llegados a Canaán, Dios comenzó su educación religiosa, para elevar sus esperanzas a un plano superior y vincularlas a su futura descendencia. Haremos bien en estudiar con detenimiento esta preparación de una familia antes pagana como cabeza de todos los hogares de la verdadera fe para todos los tiempos. Esta familia bien puede llamarse la primera familia cristiana, porque se le enseñó a creer en un Cristo venidero (como lo hizo Eva), así como nosotros creemos en un Cristo que ha venido y que volverá.

522 Hemos visto a menudo cómo se levantan los edificios muy altos que son tan numerosos en las grandes ciudades de América y que hoy aparecen cada vez con más frecuencia a ambos lados del océano. Su construcción es muy distinta de la de los edificios más pequeños. En primer lugar, se excava mucha más tierra para dejar espacio a unos cimientos profundos y fuertes; luego, cada viga y cada cabrio es de hierro, bien remachado, al modo de la construcción de puentes. Dios quiso fundar y edificar el primer hogar de la fe como modelo de los hogares cristianos para todos los tiempos. Cavó hondo, asentó firmemente sus grandes piedras fundamentales y remachó bien todas las vigas de su edificio. Examinemos cómo procedió.

523 Dios promete a Abraham una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo y, al mismo tiempo, no permite a Sara dar a luz ni un solo hijo. Necesitó cien años para preparar a Abraham para ser padre, y noventa años para hacer a Sara apta para la maternidad. «*Los malos son como el tamo que arrebatada el viento*», dice Dios, y «*Lo que es nacido de la carne, carne es*». Una familia respetable no se funda sobre mero tamo. La Biblia nos enseña: cuando Dios desea una descendencia numerosa, somete la regulación de la procreación a su propio control. Todo depende de la calidad; una familia numerosa de ismaelitas o de filisteos no es una bendición para el mundo; y una familia así, de todos modos, es de corta duración; el vicio, el crimen y la guerra pronto la llevan al borde de la ruina.

524 «*Sarai mujer de Abram no le daba hijos*» (Génesis 16:1). Por un lado estaba la promesa de una «*descendencia como el polvo de la tierra*» (Génesis 13:16), tan numerosa; por otro lado había una mujer estéril. ¿Qué significaba esto? Exactamente esto: para Dios la calidad lo es todo, aunque la cantidad sea la meta deseada. Probablemente en Abraham ocupaba el primer plano sobre todo el goce sensual de la belleza de Sara (Génesis 12:11-14), detrás del cual acechaba el deseo de la carne que había llevado al pagano Abram a casarse con su media hermana; luego eso se había mezclado con una mirada hacia el futuro, inspirada por la guía y las promesas de Dios, y Abraham deseaba un heredero al que pudiera dejar la riqueza adquirida y que perpetuara su nombre (Génesis 13:2; 15:3). Entonces Dios elevó sus anhelos a mundos más hermosos que Canaán, a «*la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios*» (Hebreos 11:10), y finalmente, después de que su carne estuviera «muerta» para todos los deseos sensuales (Romanos 4:19), nació un hijo, a partir del santo deseo de bendecir al mundo, en cumplimiento de la promesa de Dios respecto de su simiente (Génesis 12:3; 22:18). Este santo deseo correspondía al deseo de Dios de bendecir al mundo por medio de Abraham y Sara.

«*Para Dios la calidad lo es todo, aunque la cantidad sea la meta deseada*».

525 El caso es notable y nos recuerda que a Rebeca, cuando Isaac se casó con ella, tampoco se le permitió tener hijos hasta que el deseo carnal fue desplazado por la aspiración más elevada. El heredero de las promesas de Abraham, Isaac, «*oró ... a Jehová por su mujer, que era estéril; y lo aceptó Jehová*» (Génesis 25:21), y así vinieron Esaú y Jacob. La promesa a Abraham de bendecir a todas las familias de la tierra se transfirió en su caso a Jacob; y también la esposa elegida por Jacob, Raquel, no pudo tener hijos hasta que oró por ello; algo más grande que el deseo sensual o la ambición humana tenía que intervenir en el nacimiento de una descendencia prometedora. «*Y se acordó Dios de Raquel, y la oyó Dios*» (Génesis 30:22), y ella dio a luz a aquel en cuyo carácter no se registra defecto alguno, José, una persona notable que salvó a toda su familia de morir de hambre; sus hijos, Efraín y Manasés, fueron cabezas de las dos tribus en torno a las cuales se agruparon las otras ocho que formaban las diez tribus de Israel; de modo que «*Israel*», a diferencia de «*Judá*», es llamado a menudo «*Efraín*» por los profetas de las épocas posteriores de la historia del Antiguo Testamento (Jeremías 31:18, etc.).

«*Algo más grande que el deseo sensual o la ambición humana tenía que intervenir en el nacimiento de una descendencia prometedora*».

526 Y así fue de nuevo cuando Dios deseó un libertador para Israel. La madre de Sansón «*era estéril, y nunca había tenido hijos*», y cuando por fin se le apareció un ángel y dio instrucciones acerca del niño que había de venir, tenemos razones para suponer que ella y su marido habían orado por este asunto, sobre todo porque sabemos que Manoa, el padre, oró pidiendo una guía más concreta respecto de la crianza del niño esperado (Jueces 13:8). Luego llegamos a ese carácter excepcionalmente hermoso, el fundador de las escuelas de los profetas, Samuel. Vino no como respuesta al deseo carnal, sino como respuesta a las fervientes oraciones de Ana (1 Samuel 1:20). Dios le impidió (también en este caso) tener hijos hasta que su deseo hubo sido santificado. Esa puede haber sido la experiencia de muchas otras madres que en tiempos pasados dieron a luz hijos importantes, aunque no esté registrado específicamente.

527 Llegamos ahora al Nuevo Testamento, para aprender la misma lección a partir de la experiencia de Elisabet. Dios estaba a punto de preparar al precursor para la entrada de Cristo en el mundo. Eligió la familia de Zacarías y Elisabet y excluyó de inmediato la posibilidad de tener un hijo de la carne, para

que Elisabet pudiera dar a luz un hijo nacido de un deseo santo, no erótico. Esperó mucho tiempo, hasta que todos los deseos carnales hubieron cesado; entonces fue enviado el ángel para anunciarles: *«Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo ... Porque será grande delante de Dios; ... y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre»* (Lucas 1:13-15). Así nacieron en el mundo personas grandes, es decir, personas que son grandes delante de Dios, aunque el mundo las desprecie, como Herodes despreció a Juan el Bautista, encarcelándolo primero y decapitándolo después.

«Así nacieron en el mundo personas grandes, es decir, personas que son grandes delante de Dios, aunque el mundo las desprecie».

Nota adicional

Existe una diferencia sumamente notable entre el propósito de Dios en su trato con estos padres de una descendencia santa y los fines que se persiguen con los dispositivos modernos de «control de la natalidad». Dos fases del deseo compiten por expresarse, y Dios decide que, para una descendencia santa, el deseo carnal desaparezca y sea sustituido por el anhelo de descendencia, que se expresa espiritualmente en la oración y la súplica. Por el contrario, los dispositivos modernos hechos por el hombre reducirán la expresión del anhelo de descendencia y darán rienda suelta al deseo carnal irresponsable. «De baja cuna» sería, en efecto, un descendiente de tales uniones, si finalmente se le permitiera nacer.

Lección 100 – ¿UNA PRIMOGENITURA O UN GUIISO DE LENTEJAS?

829 Aquella falsa doctrina que se deriva de las talmúdicas «diez maldiciones de Eva» (véase párr. 106), según la cual Dios castiga a las mujeres en determinados momentos de tormento por el pecado de Eva, es una superstición malvada y cruel que la Escritura no respalda y que es indigna de nuestro entendimiento. Génesis 3:16 proporciona una tapadera para la sensualidad masculina egoísta e hipócrita dentro de la relación matrimonial cuando el versículo se lee de manera distorsionada y errónea así: *«Tu deseo ha de ser para tu marido»* (Lutero, traducción alemana de la Biblia). Por lo demás, la doctrina es una caricatura de la justicia divina, pues ¿no son los hombres tan descendientes de Eva como las mujeres? En ella el castigo no se rige por el pecado, sino por el sexo; y Dios mismo es el único responsable del sexo de cada persona.

830 Además, la doctrina de que la mujer debe «callar» permanentemente en la iglesia, debe obedecer a su marido y nunca debe atreverse a enseñar o predicar, porque Eva pecó, destruye la doctrina de la expiación y priva a Cristo de la honra de que su muerte expió los pecados de todos, naturalmente también los de Eva. Está en total contradicción con el espíritu del protestantismo. Lutero dice: «Es un gran error esforzarnos nosotros mismos por satisfacer la justicia de Dios por nuestros pecados, porque Dios siempre los perdona libremente con una gracia inmensurable».

831 Y, sin embargo, por asombroso que parezca, Lutero, como también otros, parece no haber entendido nunca la idea de la «gracia gratuita» para las mujeres. Se cuenta que dijo: «La muerte en el parto no es otra cosa que morir en la noble obra y en la obediencia de Dios. Y si las mujeres se cansan de llevar hijos y al final mueren de ello, eso no hace ningún daño. Déjalas que mueran de llevar hijos; para eso están». Lutero daba gran importancia a la «libertad de conciencia», pero respecto de las mujeres dijo: «Ella no puede comenzar ni terminar nada sin el hombre; donde él está, allí debe estar

ella e inclinarse ante él como ante un señor, al que temerá y al que estará sometida y obediente». No dejaba lugar a la «libertad de conciencia» en las mujeres.

832 Lutero no es una excepción en el tenor general de los intérpretes de la Biblia. Puede que en sus declaraciones sea algo más drástico que algunos otros. Afortunadamente, las mujeres, cuando han oído la «gracia gratuita» anunciada por los predicadores, la han aceptado para sí mismas. Y, en contra de la supuesta enseñanza de Pablo, en los últimos años se ha animado a las mujeres a participar en reuniones públicas en las iglesias, porque se constató que las reuniones sin su participación eran aburridas. Pero ¿qué derecho tiene la iglesia a respaldar una línea doctrinal que ella misma desatiende con sus propias prácticas? ¿No es hora de que la iglesia o bien cambie su práctica, o bien borre estas enseñanzas de sus comentarios, y armonice ambas cosas de una u otra manera? El deber recae sobre todo en las mujeres: llevar a cabo esta reconciliación entre su propia práctica, la participación en reuniones públicas, y las enseñanzas que generalmente se atribuyen a la Biblia.

833 Pero si desterramos de nuestra fe y de nuestra doctrina la idea de que Dios, por el pecado de Eva, puso su mano destructora sobre todo el sexo al que Eva pertenecía, ¿qué será entonces de la doctrina de que la promesa de la simiente de la mujer, que herirá la cabeza de la serpiente, pertenece a todas las mujeres? La diferencia es la siguiente: la triste profecía de Génesis 3:16 se ha cumplido sobradamente en el tormento y el sufrimiento de las mujeres *transmitidos físicamente por herencia*. La gloriosa profecía de Génesis 3:15 también se cumplirá sobradamente, pero *no* por herencia física, sino por *decisión* voluntaria.

834 La profecía no es fatalista. Ninguna mujer está predestinada al glorioso destino del cumplimiento de esta profecía de que la simiente de la mujer herirá la cabeza de la serpiente. Eso no vendrá simplemente sobre mí contra mi voluntad, de modo que yo pueda gloriarme de lo que vendrá, haga lo que haga. Solo se nos dice que *algunas mujeres* alcanzarán este premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús; y si yo no me uno a ellas, mi humillación y mi castigo final serán tanto mayores, porque el premio estaba delante de mí y yo lo desprecié.

835 Como ya expuse, en toda la Biblia ningún pecado queda tan expuesto al desprecio humano como el de Esaú. Tenía en perspectiva una primogenitura y, en relación con esa primogenitura, la bendición profética de su padre. Pero eran cosas futuras, cuya llegada podía demorarse mucho, mientras que él sentía la urgente necesidad de saciar el apetito corporal. Podría haber estado en la línea de descendencia por la que Cristo vino al mundo; pero Cristo todavía tardaría mucho en venir; en efecto, no vino hasta unos diecisiete siglos después. Esaú vendió su primogenitura por un guiso de lentejas.

836 El Nuevo Testamento llama «profano» a aquel «que por una sola comida vendió su primogenitura», y añade: «Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado» (Hebreos 12:16-17). La bendición de su padre, que reposaba sobre él como heredero de la primogenitura, habría contribuido mucho a su bienestar temporal; pero después de haber vendido ese derecho, no pudo heredar esa bendición. El hecho se había cometido mucho tiempo antes. Ya no había lugar para un cambio. Obtuvo un guiso de lentejas, pero perdió una doble porción de los bienes de su padre y el lugar de honor en la familia. Isaac no iba a transferir de nuevo a Esaú la bendición de la primogenitura que había pronunciado sobre Jacob. Había comprendido, a mi parecer, que a Esaú solo le importaba el provecho *temporal*.

837 No se podría trazar un contraste mayor que el que hay entre la conducta de Esaú y la conducta de Moisés, de quien el mismo autor de la carta a los Hebreos escribe: «Por la fe Moisés, hecho ya grande,

rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón ... teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios», que habían sido puestos a sus pies para su disfrute (Hebreos 11:24-26). ¡Imagínense! ¡Este distinguido Moisés, instruido en toda la sabiduría de los egipcios, hijo de la hija del rey! ¡Se aparta de todo y se pone del lado de los *esclavos de los egipcios*! ¡Qué fanático! ¡Espera a un Cristo y sacrifica el mundo entero por ese Cristo, mil quinientos años antes de que Cristo viniera!

838 ¿Y qué harán las mujeres de nuestro tiempo? ¿Dirán: «La perspectiva es demasiado lejana como para resultarme atractiva. Si pudiera ver que con gran esfuerzo y mucha abnegación se podría lograr algo que valiera la pena *en mi tiempo*, sería otra cosa. Pero lo poco que yo pueda hacer para acelerar la evangelización del mundo y la venida de Cristo no supondrá ninguna diferencia. No tengo interés en enseñar, predicar u orar en público. No quiero ser de los que siempre anuncian que Cristo vuelve, y luego nunca viene. Esos son figuras ridículas. No puedo unirme a ellos»? Tales personas «no tienen por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios».

«¿Qué harán las mujeres de nuestro tiempo? ¿Dirán: “La perspectiva es demasiado lejana como para resultarme atractiva”?»

839 ¿A qué grupo perteneceremos? Esa es la pregunta que cada una de nosotras, las mujeres, debe responder. La indecisión no sirve de nada en este asunto. Una gran promesa y profecía —la mayor de toda la Biblia— está ante nosotras, las mujeres. No hay escapatoria; o elegimos lo mejor posible, visto desde el punto de vista más elevado, o de lo contrario nos mostramos como Esaús. Dios ha puesto a prueba nuestra fe. ¿Hemos de despreciar nuestra primogenitura? ¡Dios nos libre!

Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, Katharine C. Bushnell ofrece una exposición minuciosa de (casi) cada pasaje bíblico que trata de las mujeres. Como lingüista especializada en hebreo y griego, estudia los pasajes en sus lenguas originales y en su contexto histórico, y encuentra así perspectivas que a veces han sido oscurecidas por los traductores de la Biblia. El libro surgió de los esfuerzos de toda la vida de Bushnell por las reformas sociales en favor de las mujeres, en los que observó relaciones entre la condición de las mujeres y malentendidos de la Sagrada Escritura. Los investigadores se apoyan en su obra pionera desde su primera publicación en el año 1921 y la consideran uno de los mejores enfoques de toda la Biblia sobre la cuestión del papel de la mujer en la iglesia, en la familia y en la sociedad.

¡Despierta, Eva, porque el cielo está a punto de venir sobre ti!

Katharine C. Bushnell (1855-1946) fue una valiente y talentosa sierva de Dios, que había hecho del versículo «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» el lema de su vida. Fue médica, misionera, reformadora, autora y oradora, así como una erudita brillante y original que hablaba siete idiomas y dominaba el griego antiguo y el hebreo. Bushnell dejó la medicina para hacer lo que consideraba un trabajo aún más importante, a saber, cambiar las condiciones de vida degradantes de las personas, asumiendo un papel destacado en la Women's Christian Temperance Union (WCTU) del movimiento de mujeres del siglo XIX. La posición bíblica de las mujeres era de gran importancia para Bushnell, ya que llegó a la conclusión de que las traducciones erróneas eran responsables del sometimiento social y espiritual de las mujeres. En 1896 dejó la WCTU para dedicar los años que le quedaban a la tarea de escribir y difundir la verdad bíblica del propósito original e inmutable de Dios de la plena igualdad de las mujeres.



Libro de lectura y estudio con 100 lecciones + espacio para notas

ISBN 978-3-94447-225-6 (RVB)

ISBN 978-3-86269-206-4 (VKW)

Notas

1. Debido a la extensión de los términos «Antiguo Testamento» y «Nuevo Testamento», en lo que sigue de estas lecciones AT designa el primero y NT el segundo, mientras que la letra mayúscula M. remite al alumno a la lectura marginal de un versículo en ambos.
2. El trato que Hamor dio a Dina, entre aquellos primeros heveos, significaba realmente matrimonio. Que Jacob tenía otras hijas lo sabemos por Génesis 46:7.
3. *The Herods*, p. 15
4. El Talmud contiene «no menos de cuarenta» citas de Ben Sirá – *Lange's Commentaries*, Apócrifos, p. 276.